

Esplendor editorial: Milena Caserola + El 8vo. loco
fb: /milena.caserola
fb: /el8vo.loco
www.el8voloco.com.ar
el8vo.loco@gmail.com

Arte de tapa: Laura Ojeda Bär
cargocollective.com/laura-o

Ningún derecho reservado. Se alienta la reproducción, por cualquier medio y a cualquier fin.

Este libro puede descargarse libremente de la página de la editorial: www.el8voloco.com.ar

Impreso en Imprenta Dorrego S.R.L, Av. Dorrego 1102, en junio de 2014.

Impreso en Argentina - Stampato in Argentina

EL AMOR AGRESIVO

R o b e r t o M a r i a n i

OBRAS DE ROBERTO MARIANI:

LAS ACEQUIAS Y OTROS POEMAS. Edición de
"Nosotros", con dibujos de Agustín Riganelli.
Buenos Aires, 1921.

EL AMOR GROTESCO. Novela corta. Folletín en
"Nueva Era". Buenos Aires, 1922.

CUENTOS DE LA OFICINA. Editorial "Claridad".
Buenos Aires, 1925.

EL AMOR AGRESIVO. Editor: Manuel Gleizer. Bue-
nos Aires, 1926.



Libros de posible publicación: ÚLTIMOS CUENTOS
DE LA OFICINA, con prólogo de Roberto J. Payró.

En preparación: LABERINTO. Novela.

Próxima reimpresión: CUENTOS DE LA OFICINA.

EL AMOR AGRESIVO

Portada y Ex-libris
de Bonomi



M.GLEIZER-EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES, 1926

UN VIAJERO

*Queda hecho el depósito
que marca la ley.
Copyright by Gleizer, 1926.*

Solamente Denegri estuvo en la estación a despedirlo. Ahora, recién acomodadas las maletas en el asiento delantero para que ningún viajero lo ocupe, piensa en la simpatía que por él siente Denegri. Pero no acaba de repujar con nitidez tal pensamiento, cuando su mirada se alarga afilada y estirante — y anhelante — tras de esa mujer que atraviesa el pasillo y entra al salón donde “está prohibido fumar”. ¡Qué lástima! Da gusto viajar con la mirada descansando sobre el terciopelo de un semblante de mujer, o sobre la seda de una fina expresión femenina, o sobre la porcelana de una muchacha recién florecida, o, — y esto sería más difícil de explicar — sobre esas

mujeres apenas entradas en la maternidad... No hay ahora ninguna mujer aquí; es decir, ahí están esas dos ancianas de luto con el chico que resuelve — ceño fruncido y lápiz entre los dientes — problemas de **puzle**.¹ La proximidad de una mujer bonita hace amable el viaje, y lo acorta, y, a veces, hasta lo suprimen; por el contrario, su ausencia lo alarga, lo disloca, lo obstruye y lo ensordece. Irá a sentarse en el otro salón y en tal caso haría el tremendo sacrificio del cigarrillo, pero, ¡tantas maletas! Elegido este asiento, acomodadas las maletas, los diarios de la tarde, revistas, libros, ya no es fácil la mudanza ni probable encontrar — a unos minutos de la partida del tren — otro asiento desocupado. Bueno; aquí permanece; leerá una revista cualquiera; ojeará los periódicos; o sería más provechoso estudiar nuevos problemas de construcciones. En la oficina lo estimulan con la posibilidad inminente de un ascenso, y él no siente la necesidad de ayudarse a sí mismo haciéndose dueño de imprescindibles conocimientos técnicos. Debiera aprender un poco más carpintería de obra, y resistencia de materiales. Y no es que sea tardo de inteligencia ni acaso perezoso; es que se tiene fe

1. Las palabras en negrita indican modismos propios y/o erratas de la edición original, que se reproducen sin modificación. [N. de E.]

en que sobre el terreno resolverá, en el momento de presentarse, todos los problemas. Así, sin teoría casi, sin casi ayudarse con libros, adquirió sus conocimientos actuales de construcción de puentes y caminos. Decididamente, ahora que parte el tren ya no es creíble que alguna mujer hermosa entre al coche y se siente al fácil alcance de su vista. Otra mujer de luto. Es joven, pero no lo suficientemente. Unos cuarenta años de edad. El convoy se alarga. Ahora pasa, con rechinante ruido de hierros, el puente sobre el Riachuelo. Parece que el tren se detuviese y en cambio el paisaje corriese para atrás, y los árboles y postes un poco para abajo. La revista que tiene en las manos apenas si le llama. Coge el libro, y, al abrirlo, le molesta descubrir inmediatamente la tabla de pesos de los hierros P. N. Lo cierra, agrio y **festidiado**. De repente recuerda que este mismo tren pasará por 25 de Mayo. ¡Rosita Bertelli! ¡Rosita Bertelli! ¿Qué se habrá hecho de Rosita Bertelli? Se arrellana cómodamente; levanta los pies y los deposita en el asiento delantero y entrecierra los ojos. ¡Rosita Bertelli! Es un mundo la cabeza de un hombre que recuerda insólitamente un amor pretérito y acabado. Las escenas y las emociones retornan, algo desdibujadas, y amontonadas unas sobre otras,

pujando cada una por dominar y desalojar por fin a las otras, lo que explica la escasa duración de una sonrisa o de un gesto malhumorado. Estos recuerdos tienen bastante intensidad, tanta que anulan la realidad circundante. El viajero sonrío, o se apena; se reprocha a sí mismo ¿qué?; vuelve a sonreír; ahora se arruga su frente. Toda la historia de su amor con Rosita Bertelli cae amontonada sobre su momento actual. Sin hacer esfuerzos, se deja estar. El recuerdo de aquel amor está presente, está enmarañado, anacrónico y simultáneo. De entre el montón de escombros del recuerdo, escenas, figuras, paisajes, cosas y palabras bailan una zarabanda silenciosa y triste, como los ruidos en los sueños. Apenas alcanza a descubrir la arrogante figura del tío Arturo — tío de Rosita — cuando ya desapareció arrollada silenciosamente por otra imagen: la del cristalero del comedor junto al cual ve ahora en el recuerdo la figura de Rosita; pero en seguida es otra vez Arturo, y ya no es éste sino todos, y hasta parece en el recuerdo corporizarse una frase de ásperas aristas que le produce un temblor hasta físico, como la aproximación de una araña: “¡Y has sido capaz...! ¡Váyase...!” Cuando prima esta faceta del recuerdo, el rostro del viajero se contrae, se arruga en un gesto malhumorado,

como si las arrugas fuesen tironeadas de repente.

Una vez aparecida esta frase ya no desaparece del todo, sino que insiste tercamente desalojando figuras y movimientos y entorpeciendo la reconstrucción cronológica y metódica en el recuerdo de la escena aquella en el comedor. “¡Y has sido capaz...! ¡Váyase...!” El quisiera eliminar esta frase, que es un agrio reproche, y no lo consigue. Ahora, la frase trae como de la mano la imagen de Rosita con aquel traje suyo azul con cuello blanco volcado; como fondo de la figura, el cristalero, sobre el cual da de lleno la luz eléctrica. El viajero abre los ojos, entristecido. En la comisura de sus labios se desliza un rictus agrio; eso es: agrio. El recuerdo lo entristeció agriamente. Ahora, abiertos los ojos, más bien medita. No le han dejado ser feliz; o mejor: él no supo serlo. Pudo haber recogido la felicidad como se toma sencillamente un libro en las manos; sin embargo Rosita no pudo ser suya. ¿Por qué los sucesos torcieron súbitamente el curso sospechado de esa historia? ¿Quién se interpuso, qué se opuso a ello? El la quería — ¡y cuánto, y cómo! — y ella lo quería, sí, sí. Todo les era propicio, aparentemente. Ningún terror amenazaba, aparentemente, la placidez del idilio. ¿Por qué, entonces, el derrumbamiento tremendo de tanta

sólida esperanza? Ah, ¡sí que perdió todo al perder a Rosita! Rosita había llegado a ser su necesidad, su hábito; ya tenía él el hábito de Rosita Bertelli. El viajero cierra nuevamente los ojos y se deja caer otra vez en la muelle dulzura del recuerdo. Ahora hay placidez en su semblante. La ve preferentemente vestida con el traje azul que llevaba el día aquel de la escena en el comedor. La ve caminar, la oye hablar. Tiene Rosita una manera de reír muy alegre y suave; los ojos se le cierran casi, y son los que mayormente ríen, chiquitos y casi cerrados. Y los dos hoyuelos de las mejillas levemente combadas. De repente, Rosita se transfigura; tiene una expresión áspera, agresiva; instantáneamente, sin perder el vigor de su indignación, hay en el rostro de Rosita un desfallecimiento. Y la frase que pronuncian sus labios, incorrecta en su incontentida y eléctrica sinceridad, empieza con el habitual modo del tuteo criollo y termina en el imperativo de tercera persona. ¡Rosita Bertelli! ¿Qué se habrá hecho de Rosita Bertelli? ¿Y Arturo? Ella vuelve a aparecersele, esbelta y enojada; le ve el semblante indignado o triste, con un poco de ira, de pena y de dignidad en el instante preciso de un sacrificio humano a un exigente Moloch. Decididamente **fué** aquél el instante preciso, exacto, de la desilusión.

Tras la desilusión ya no hay nada más. El viajero tiembla nuevamente presa de la emoción retrospectiva. El recuerdo es ahora por su precisión psicológica y por su intensidad, tan actual como la escena de que naciera. La angustia es presente. de ahora mismo. No quisiera pensar más en Rosita Bertelli, pero después de cinco años de olvido, el recuerdo de Rosita Bertelli lo ha despertado y ahora el ya no puede dormirse en la indiferencia de los pasajeros sucesos circundantes. Quisiera también clasificar las culpas, calificar las conductas y elegir culpables. ¡Qué! El, y solamente él ha sido el origen, la culpa, la causa, y por consiguiente, la víctima. Y, ¿qué consecuencias tuvo ese desastre pasional? Nada: humo, aire... la nube que pasa ocultando los rayos solares durante un brevísimo momento y continúa andando con su segura lentitud de tortuga; nada, nada; la imagen que el espejo refleja por un instante y desaparece como por arte de encantamiento; la palabra que oímos en la calle cuando estamos preocupados; el libro superficial; las miradas de las muchachas pueblerinas en el tránsito del tren; el saludo maquinal a un conocido cualquiera en el tráfigo de la calle; el "sí, bueno, eso eso" a las consultas del capataz; la cabecera de los documentos oficiales: "Olavarría, tantos

de enero de mil novecientos...” Alternan en él dos estados casi orgánicos, casi físicos; por momentos, la tristeza, de alma y de carne, por la dicha que dejó escapar de entre sus manos en el momento exacto de la casi definitiva posesión — y la pesadumbre le provoca ese rictus en los labios, como de quien rechaza una medicina salobre y quemante; — en seguida, una conformidad de vencido, de definitivamente vencido. Y... ¡qué le vamos a hacer...! ¡Estaba escrito...! Y el remordimiento se ahonda y se extiende al reconocer él mismo su mucha culpa. Se suceden las estaciones al rechinante paso del tren apresurado en la incesante persecución de estaciones, entrando con interminable empuje en el abierto espacio fácil. Ahora el tren no se detiene en las estaciones. Buenos Aires es una enorme pampa verde y baja y mojada. En el crepúsculo es maravilloso el cuadro que realizan las gaviotas escoltando el arado del labrador y picoteando en los surcos recién abiertos por las curvadas cuchillas. Pone el flamenco en las lagunas su presencia aristocrática manchando con su rosado leve el intenso verde del pasto o la brillante reverberación de las aguas. De vez en cuando repiquetea la prosperidad agrícola en los hinchidos galpones de cinc. El crepúsculo sube del oscuro

suelo y va a emborronar aquel luciente pedazo de cielo, arriba, al fondo, donde el sol se hundió ya. El coche adquiere cierta intimidad a las dos horas de conducir a los mismos viajeros, y las bombitas eléctricas arropan a los pasajeros con una confianza de velada familiar. La mujer vestida de luto se encuentra como en su casa y se desprende el tapado; ahora se destoca y desliza suavemente el sombrero en el asiento delantero con cuidados de madre con un niño de pecho. El hombre de las maletas forradas de brin — deben estar viejas y rotas las maletas — abandona el salón seguramente para entrar en el coche comedor. Esto recuerda a Julio César que debe comer. Pero ¿tiene hambre? En el comedor hay un ambiente de recogimiento artificial, de mutuo respeto un poco hipócrita, como un grupo de personas indiferentes en el velorio de un político. Las conversaciones, a los dos metros ya son murmullo, y a los diez minutos sólo se advierte de ellas cada intermitente suspensión: “Es hombre de doscientos mil pesos”. Hay que sorprenderse una vez y no más de estos temas y estos giros y lugares comunes y definiciones. “Está inundado todo el campo de lengua de vaca”. Lengua de vaca es una hierba prolífica que se desparra como alfombra. ¿Habrá descendido en

alguna estación la mujer aquella de hace un rato...? Hace cinco años, el viajero comía, en este mismo tren de las 17.52, con Rosita. Eso es: donde está ahora el señor aquel leyendo su diario, ahí estaba Rosita, contra la ventana, y él, Julio César, a su lado; frente a Rosita, doña Aída y a su lado, Arturo. ¿Qué si le había gustado Buenos Aires...? Francamente, “mucho bullicio”. “Buyisio”, pronunciaba ella, como todos los argentinos; y el viajero, al recordar ahora, y casi oír, o volver a oír, esa palabra entonces pronunciada varias veces, sintió renovarse el mal humor. Mágica virtud la del tal vocablo: trajo consigo la imagen de Rosita y los pormenores de la comida en el tren, y de la larga sobremesa. Buenos Aires... sí... “A mí, déjenme mis dos viajecitos anuales...” Y Arturo sonreía maliciosamente. Claro, por más interesantes que sean todos, al fin la plática se aduerme en espaciadas frases lentas. Solamente los dos enamorados charlaban todavía. Arturo daba vueltas a las hojas de una revista ilustrada. ¡Cómo se aburría doña Aída! En un instante, mirando de reojo e hipócritamente a doña Aída, Julio César se imaginó a Rosita con veinte o acaso treinta años más de edad encima de su semblante. “Tendrá esa misma cara de aburrida, bastante sosa, como la madre ahora...” Gira de improviso la

cabeza como las lechuzas y mira a Rosita, tan dulce, con su belleza limpia de sofisticaciones, fresca, sonriente, sabrosa como durazno. La descubre negando — ¿qué? — insistentemente. “Pero no, tío, no...! ¡No fueron los Molinas ni los Iturbides fundadores del pueblo, no...!” Y la sonrisa de Arturo, el tío de Rosita, le entraba en las carnes a él, a Julio César, y le arañaba, y le encendía el mal humor y el rencor. Arturo debiera casarse, que ya es hora ¡solterón impúdico! Debiera arreglar su vida de una vez por todas y no ir a salto de mata para enlazar entre sus cariños, unas tras otras, tantas mujeres de toda clase y condición. ¡Hasta en la ranchería se mete! En una familia decente, de la crema pueblerina, de la aristocracia de ciudades del Interior, un solterón es un espectáculo deshonesto por lo que sugiere más que por lo que realiza, y por lo que esconde más que por lo que muestra. Un casado puede tener alguna veleidad con una mujer, o con dos; pero el solterón vive de eso: de tentativas sucesivas y renovadas. No repara en solteras, casadas o viudas; no distingue entre muchachitas recién florecidas mujeres, lo que se dice “de edad, que ya tienen su edad...” y hasta... hasta... ¿por qué ahuyentar esa idea si no es la primera vez que se adueña de su pensamiento...? Sí; el hombre solte-

rón salta todas las barreras y se atreve hasta... a... ¡Qué horror...! ¡Oh, no, no...! Piensa Julio César: “¿He de ser yo como todos, malpensado, chismoso...?” El hubiera querido, hace un fugaz instante, mostrar a don Arturo los ojos encendidos de rabia y los puños crispados pronto a enrostrarle su sospechado crimen pasional... Hubiera querido también hacerle alguna ironía mordaz, incisiva, penetrante como una inyección intramuscular; en fin, hubiera querido demostrarle a don Arturo que “él, Julio César, sabía aquello... aquello que estaba viendo... esa amistad...” Quería acaso demostrarle que estaba pronto a buscar una solución, pacífica o violenta, hipócrita o primitiva. Y nada de eso; instantáneamente, tuvo una recóndita vergüenza, por él, o quizá por Rosita. Avergonzado de su horrible sospecha, y para hacerse perdonar el mal pensamiento, quiere ahora congraciarse con don Arturo, y, por si acaso ellos hubiesen advertido un fleco de su pensamiento pecaminoso, él sintió la necesidad de mostrarse amable. “Yo he oído decir que los Molina fundaron el pueblo; lo oí no recuerdo dónde, y no una sola vez...” Y la respuesta, ingenua y categórica de Rosita: “¡Pero no, si es imposible...” A Julio César le gusta verla apasionándose por algo; con don Arturo suele Rosita discutir, acaso

porque don Arturo enciende la polémica por puro gusto, sólo para verla animarse y alegrarse. Julio César se descubre a sí mismo un tanto serio y grave; demasiado serio y grave para su edad. Don Arturo conoce mejor estas maniobras del amor... ese don de conversar con las mujeres y conseguir animarlas. Sabe entretenerlas. ¿No le preguntaba los otros días a Rosita si era verdad que las cortinas de cancelas y ventanas se usaban según dictados oscilantes de la caprichosa moda? ¿Qué quieren más las mujeres: lo frívolo y superficial, o lo intenso y fuerte? Porque él, Julio César, no era precisamente frívolo ni superficial; al contrario. ¿No se había enamorado María Agustina — ¡qué se habrá hecho de María Agustina! — de Julio César por su “fuerza primitiva?” “Me gustas porque eres bastante salvaje... quiero decir... porque te enojas y no la vas con tantas elegancias... quiero decir...” Y no salía de ese balbuceo psicológico. “Y cuando te enojas, me gustas más”, solía añadir finalmente María Agustina... ¿Dónde estará María Agustina, ahora...? Vaya uno a entender a las mujeres... ¡Y esta Rosita que parece querer precisamente lo contrario de lo que quería María Agustina...! Lo mejor no es acomodarse a ellas, sino seguir siendo tal como uno es en realidad; si nos quieren, bien; y

de lo contrario, adiós. Pero, ¿y cuando es el hombre el que ama verdaderamente, de veras, definitivamente? Conviene, entonces asegurarse el cuerpo y el alma de la mujer amada; que no se nos escape su cariño; que no se nos escape su sonrisa. Conviene, entonces, ser algo parecidos al ideal de ellas, al tipo que ellas desean en sus sueños azules. ¿Ella se ríe, a ella le gusta **reirse**? Pues habrá que hacerla reír: esto es claro, es evidente. ¡Y qué bien lo entiende Arturo! Jamás una mujer debió aburrirse con Arturo. Cuando no tiene nada que decir, inventa cosas, a lo mejor cosas sin absolutamente ninguna pero ninguna importancia. Y cuando está cansado de hablar, las hace hablar a ellas, preguntándoles, por ejemplo, qué diferencia va del punto París al punto... qué sé yo... Ah, pero mientras que Arturo tiene esa innegable gracia en la conversación, en cambio... avanza la calva... y se aclara en gris su cabello. Y tiene ya cuarenta años... ¡Eh, eh...! Se va hundiendo en la vejez. En cambio, él, Julio César, está en la dulcísima y fresquísima juventud. Le podrá ganar Arturo en superficiales habilidades de seductor de salón... pero la pierde tratándose de algo tan fundamental como la juventud. Veintiocho años, contra cuarenta; la nutrida cabellera negra, contra el escaso cabello gris...; la sinceridad

— ha de haber cierta fuerza en la sinceridad — de su torpe cariño, contra la hábil experiencia amorosa... Y siente deseos irreprimibles de mostrar a don Arturo todas sus ventajas físicas. Se acoda en la mesa, sabiendo que es incorrecto eso, y como cansado... — ¿cansado de qué? — se pasa la mano por la cabeza con intención manifiesta de atraer hacia su cabellera la mirada de don Arturo... y de Rosita también... mientras mira al que habla, haciéndose falsamente el interesado en la charla. Se aplica la mano en la frente y la desliza por la nuca y la lleva hasta el cuello por detrás. Sabe que es incorrecto eso, y repite cinco o seis veces la maniobra. “Las lluvias del año catorce no filtraron, y así se hizo la laguna...” Interviene en la conversación, y al hablar mira con sutileza en los ojos de don Arturo; quisiera decirle que reparase en su hermoso y nutrido cabello negro y abundante. El mundo de pensamientos e intenciones de Julio César pasa inadvertido para don Arturo, quien solamente entiende los conceptos simplistas que traen las palabras. Quisiera Julio César encontrar e modo de traducir su ambición accidental: mostrar sus ventajas, sus veintiocho años, su auténtica juventud, sus músculos ceñidos, su cabello abundante... Don Arturo debe tener seguramente sus

enfermedades... o sus debilidades orgánicas: caries, tortícolis, dolores en las espaldas, en las caderas, algún reumatismo... ¿Y si dijera, por ejemplo que qué será el reumatismo? Así podrían hablar de enfermedades y tendría ocasión entonces de decir que él no tiene absolutamente ninguna. La comparación le beneficiará. Para triunfar mejor, haría alguna ironía mordaz contra los Don Juanes decrepitos que, mientras declaman la dulzura de su amor a una doncella de quince años en una noche de luna, un **erupto** les interrumpe la declaración... Ah, pero, ¿por qué recurrir a estos extremos... una conversación sobre enfermedades...? Rosita sería capaz de echarle un balde de agua fría. “¿No hay tema más amable?” Rosita prefiere lo frívolo, lo alegre, lo vivo, interesante, pintoresco, y se detiene siempre al insinuarse lo triste y desagradable. Por eso oye tan complacida las cosas de don Arturo; y por eso también siempre detiene a Julio César: “Bueno, bueno; está bien; dejemos eso; pero... ¿por qué me vienes siempre con cosas tristes...?” Y así. Ahí está el secreto. Para ganar y conservar el corazón de Rosita, hay que ser alegre, hay que renovar incansablemente la anécdota viva e interesante. Eso es... eso es... Por más joven que sea Julio César, si continúa con esa con-

ducta reservada y ocultadora de sospechas, seguramente se encontrará un día con que Rosita ya se cansó de él. Hay que estudiar los modos de don Arturo, y apropiárselos. ¿Cómo se explica, si no, que en un viaje de cinco horas Rosita se encuentre más animada, mucho más animada, con su tío cuarentón que con su novio que no tiene todavía treinta años, y que ¡caramba! es su novio? “Ella debiera preocuparse un poco más de mí...” Pero es que él, Julio César, es quien debe preocuparse de ella y animarla... Una de dos: o ella se hace un poco grave y soñadora y triste como lo es él, o él se hace interesante, conversador y superficial, como es ella. Sí, una de dos. entonces es necesario encender un poco de animación en la conducta y en las palabras, que así le place a ella, y así se ganaría la atención de su novia y arrancaría de sus labios un montón de frases que al fin y al cabo le gustan a él. Ella pensaría en sus palabras, en vez de pensar en las animadas cosas de Arturo. Ella pensaría “¡qué interesante es mi novio!” Porque ahora no es eso precisamente lo que suele pensar ella de él; al contrario; ¡cuántas frases y palabras reprochándole su conducta cayéndose continuamente en la lamentación y la tragedia! “¿Otra vez con reconvenciones? Vas a morir joven”. O sino: “No hiles tan delgado;

no te atormentes con eso". O aquella vez: "¡Pero vas a acabarla? Si no te ascendieron, habrá sido por tu culpa, por tu falta de habilidad para congraciarte con los jefes. Además, no importa. Otra vez será. ¿Te vas a lamentar toda la vida? Estoy segura de que no sos simpáticos a tus jefes". La objeción inmediata fué anulada: "qué orgullo ni qué dignidad... en eso... qué tiene que ver eso con una compostura afable y amable con los jefes...! Es que vos sos así..." Y en lo íntimo, él reconocía cuánta verdad rebosaban las palabras de Rosita. Solía callar porque intuía que, de continuar, se embarraba más, conquistando nuevos reproches, y, lo que es más triste, nuevos reproches fundados, bien fundados. Las palabras de Rosita caían en Julio César con la fuerza convincente de lo que es absolutamente verdadero. La sinceridad de Rosita intimidaba a Julio César. En sus reproches, Rosita llegaba a tales extremos de adivinación psicológica, que alguna vez Julio César tuvo miedo de pensar — solamente pensar — algo sutil y bochornoso, para que una inflexión de voz o un brillo de la mirada no denunciase su escondido pensamiento a Rosita. Alguna vez creó oír, de los labios de Rosita su propia conciencia. Por eso temía mostrarse agresivo con don Arturo; seguramente no diría Rosita, como cual-

quier otra mujer en ese caso: ¿Qué ocurre? No, no; Rosita sabría inmediatamente la razón de todo movimiento desacompañado de Julio César. De cometer cualquier torpeza, un pedazo de torpeza, una insinuación ligerísima, superficial, en seguida, inmediatamente, insólitamente Rosita hubiera leído su propia conciencia. ¡Es horrible! Aquella cena en el coche comedor fué más bien alegre y animada, sí, pero dentro de Julio César se incorporaba, áspera, hirsuta, la obsesión. Ya no podía abandonar el nefasto pensamiento; o el pensamiento terrible no le abandonaba ya a él, acaso porque sin querer habíase encontrado en posesión de un argumento precioso: "le voy a demostrar cuántas ventajas le llevo, en edad, en salud, en fuerza, en esperanza, en mi futuro, en todo. La vida es mía; puedo conquistarla". Y cometió la torpeza de cortar una conversación para decir inopinadamente que pensaba renovar su ejercicios; jugaría otra vez al football, y en Buenos Aires concurriría a las regatas, y, en fin, dedicaría nuevamente a los deportes. "A los quince años de edad, un chiquilín, gané una carrera de resistencia en un torneo del Club Almagro..." Inventó nuevas destrezas físicas e inventó otros triunfos deportivos. Y sin embargo, entristecía al descubrir que ni don Arturo ni

Rosita se molestaban. ¿No entienden... o no quieren entender...? Y en Julio César nacía el rencor, el despecho, como de quien ataca un muro con la hoja de una navaja y descubre que el arma se mella y el muro continúa sólido y pesado. En cierto momento tembló: “¿Y si en una de esas... se me escapa... y se lo digo con demasiada claridad...?” Sería la tragedia; y perdería, él, y perdería todo; y saldría malparado, ridículo, grotesco, infamado él, que no ellos... Y casi tiembla de veras físicamente al **intuír** la pérdida irreparable, irremediable, de Rosita, porque la quería, la amaba, le era necesaria, habíase acostumbrado a su presencia, a sus palabras, a su confianza... y hasta a sus reproches. Sí, sí; ya eran íntimos, y descubriéndose — ella a él principalmente — los más escondidos pedazos de ideas y sentimientos. Y hablaban ya como definitivamente amigos: “Cómprate una echarpe de seda; es elegante la seda y abriga...” Y él agradecía esa solicitud maternal; y esa dulzura de Rosita le era necesaria como el agua y el aire, y como las manos, y como la vista. Sería horrible perderla. Y adhería a ella dulcemente. Ya tenían mucho camino andado; muchos defectos de él los conocía ella y los perdonaba. Y él agradecía esa tolerancia, ese afecto, esa inalterable simpatía. Se sentía como en el regazo

de una madre. ¡Oh, fuera la dicha perfecta y total si...! Y Julio César no puede arrancarse la tremenda sospecha. Aquella vez del viaje juntos a Veinticinco de Mayo, descendieron en la estación en plena noche oscura y amenazada de lluvia; sin embargo, fueron a pie hasta la casa de doña Aída. Entraron al comedor a tomar te, que haría Rosita sin despertar a Ramona. Después del te, como estarían cansados, él, Julio César, se iría. Entraron al comedor. Rosita se desprendió el tapado. Doña Aída pretendió hacer ella el te. Quedaron en el comedor don Arturo, Rosita y Julio César. Julio César caminaba por la habitación. Hubiera querido estar solo con ella. “¿Hasta aquí me persigue este hombre antipático...?” El sabía dos cosas: que Arturo vivía con ellas, como hermano de doña Aída y tío de Rosita; y que nunca lo dejaban solo a Julio César con Rosita, y menos lo dejarían a esas horas de la noche y cansados todos, y después de tan largo viaje... No pudo más: “Los dejo...” e hizo un ademán equívoco... “Los dejo” podía entenderse de dos maneras: o “me voy”, sencillamente; o maliciosamente: “los dejo al fin solos a ustedes...” Pero ellos entendieron sencillamente “me voy”, porque don Arturo se asombró: “¿Pero no esperaba el te, amigo?” ¿Qué contestó él, en su furor incontinido? Ahora, a cinco

años de distancia, parece recordar algo así como esto, en labios de Arturo, incorporado, violento: “¿Cómo que solos?” Y, esto sí, nítidamente, vuelve a ver la imagen de Rosita, en la esquina del cristale-ro, con su traje azul de viaje y el cuello blanco vol-cado, y la oye pronunciar con vigor, hasta con rabia, ofendida, varonil, acaso un poco despreciati-va: “¿Y has sido capaz de creerlo? ¡Váyase...!” Ahora, a cinco años de distancia, el recuerdo vive fresco todavía. El tren sigue corriendo. Ancha e interminable es la pampa. Es de noche. La ilumina-ción no deja ver el paisaje. “¿Habremos pasado yo por Veinticinco de Mayo...?”

MARÍA AGUSTINA

La conocí una noche cualquiera. Hacía calor. Como cuando se exprime una esponja el agua inunda su superficie, así la gente salía a las calles inundán-dolas. Las calles que llevaban a Palermo eran tra-queteantes y móviles y llevaban sobre su peana coches y autos como una descomunal y recta cale-sita. Dentro de la ciudad las bombitas exprimían una luz amarillenta, pero yo en Palermo caía luna en polvo de plata pálida. Yo estaba contento y no sabía por qué. La alegría de mi espíritu adhería a las cosas alegrándolas.

Pensaba: “Estando alegre se puede conquistar el mundo”. Recordaba algo leído yo no sé dónde: “El mundo pertenece a la energía” ¿Quién diablos

lo dijo? — Y: ¿cómo se puede ser enérgico sin alegría? Siendo alegre, se es dueño de sí mismo y del momento; y más y mejor, del adversario.

Pero eso la conquisté aquella noche.

Una saltarina gracia alegraba mis palabras. — Bien lo puedo confesar ahora, pues que me estoy hablando a mí mismo. — La animación de mi espíritu facilitó el diálogo. Yo estaba elocuente. Encontraba matices sorprendentes en las cosas; y descubría por primera vez asociaciones de ideas bastantes curiosas. El ingenio de diez años de vida se acumuló en aquella noche.

Y por eso la conquisté.

La alegría me hizo optimista; el optimismo me hizo gracioso; y las gracias me la entregaron.

Otra noche — y esta vez era también sábado, — **fuimos** por los caminos del Rosedal y nos depositamos en un banco en la luz. Es curioso observar cómo, frente a sucesos de igual naturaleza pero esparcidos en el tiempo, uno cumple la conducta de la primera vez. Si con Elena estuve triste la primera vez, lo estaré en las sucesivas; si yo estuve animador con María Agustina la primera vez; reaparecería frente a ella siempre animado y conversador. Y no era histrionismo calculado y consciente, sino sofisticación instintiva. Yo había estado

aquel sábado, durante las horas del día, sino triste, indiscutiblemente agrio o por lo menos indiferente a cualquiera espectáculo; pero al contacto de su presencia se abrió mi alegría como a la indicación de la batuta rompe en **ruídos** la banda.

Estábamos en un banco en la luz.

Ella era hermosa; y más lo era para mi gusto; ella había atravesado la adolescencia; incluso había sido madre. Y cuando a uno les parecen insípidas las muchachitas que se sonrojan... Es porque a éstas les faltan... les falta la pátina sensual; son deliciosas, pueriles y asexuadas; en cambio, la mujer que está por empezar a declinar... despiden un efluvio de hembra que nos golpea en la médula. Hay que tener treinta y cinco años de edad para comprender esto. Hay algo profundo y misterioso en esa elección y preferencia; uno ya no es un mocito tanguista y ya ha sentido turbado su espíritu más de una vez con ese obscuro e interno deseo de querer ser padre... Uno desea a la madre hipotética del próximo hijo de uno, y entonces la busca entre las hembras que tengan algo de madre en la expresión; acaso una arruga en la frente, acaso unas caderas promisorias...

Era hermosa María Agustina. Dos detalles que quiero recordar: los labios y los ojos.

Debajo del ojo derecho ponía su mancha de tinta un lunar.

Esta mujer me gustaba porque sí, primeramente; y después... Es decir: primero, por lo que acabo de analizar, y segundo por una cierta expresión de aristocracia un poco canalla que fluía de su semblante. Halagaba mi vanidad de muchacho de pueblo, hijo de un oficial carpintero, la preferencia que me desparramaba tan alta dama. Y entonces afiné mis sentimientos y, como cuando uno está aburrido, seleccioné mis palabras.

Otra noche buscamos en cambio un banco picarescamente disimulado entre la fronda umbría que lo reparaba contra el moralismo de la luz; y ella esta vez había venido con un vestido oscuro que se diluía en las sombras. No como en la cita anterior, con su traje claro detonando visualmente en todos los rincones de Palermo.

He aquí por fin el banco soñado.

Yo la besaba en los ojos, en la boca; ella se dejaba besar; y me abrazaba. Yo levantaba un poquito mi cabeza y frotaba apenas mi mejilla contra la suya. ¡Oh placer de dioses, oh placer de hombres! La sombra, al acortar nuestra vista y nublarla, nos idealizaba y facilitaba el placer porque escondía las realidades groseras. He aquí cómo puede ser

repulsiva la vista de aquello mismo que en la sombra es dulce al tacto. El rostro adquiere otra expresión: se idealizan los ojos y adquiere la boca algo misterioso; los detalles se pierden como en ciertos retratos de fondo oscuro.

Ella solía cerrar los ojos; y con su mano izquierda se prendía al ángulo de la solapa, descansando su cabeza en mi pecho. Así le gustaba estarse largo tiempo. Yo le acariciaba los cabellos. O latir oía en mis manos esa víscera carnosa del tamaño de un puño encogido. Y casi no hablábamos.

Corrían los minutos fuera de nosotros; y nosotros estábamos fuera del tiempo. El Universo se había amontonado en la mancha que éramos nosotros. El fin de la vida era eso: ella y yo juntos aquella noche en aquel lugar preciso, y ni antes ni después.

Por momentos ella se encendía como presa de un repentino espasmo. Temblaba un poquito entonces. — (Y a mí me parecía que sobre un tremendo vacío estuviese temblando mi alma). — Me abrazaba con fuerza y su cabecita se movía buscando con ojos y boca impacientes mis labios, donde absorbía el consuelo que también yo encontraba en los suyos.

No hablábamos.

O, a veces

—¿En qué piensas? ¿Qué miras?

La primera vez que nos besamos así, (no aprendido en el cine, ¡eh!) — me asustó su silencio. A mis preguntas no respondía ni con un gesto; ni con abrir los ojos y mirarme, siquiera. Después de besarnos, — lo que nos cansaba — dejaba caer su cabecita en mi pecho, y temblaba.

—¿Qué tienes? ¡Contéstame!

Con mi mano en su barbilla, hice girar su cabeza.

—¿Qué tienes? ¡Mírame! ¡Eh! ¿Estás enferma? ¿Qué te pasa?

¿Qué era aquello? Pude creer que bien podría ser la emoción momentánea; pero no era eso; al contrario; era una preocupación trascendental que la hacía estallar el corazón de terror y temblar toda como un árbol sacudido.

—¿Estás enferma?

Hizo un lento gesto negativo.

—¡Díme algo, María Agustina!...

¡Ah, cómo estaba su voz húmeda de amor!; su voz llovía ese rocío de amor que nos humedece de dulzura, gratitud y vanidad. Su auténtico amor me mojó el corazón; porque yo la descubrí su genuino sentimiento, **nó** en los conceptos convencionales de las palabras, — vagas representaciones de

segundo grado, — **sinó** en el timbre cordial, espiritual, de la voz humana. ¡Con qué claridad oyó mi corazón lo que llegó a mi oído despacito y temblorosamente!

—Si me quieres tanto como yo a **tí**...

Eso era lo que la hacía temblar de terror: frente al espectáculo maravilloso del amor en acción, ella temía que se rompiera el hilo de vidrio que nos unía; temía por mí, por mi amor a ella.

—Te quiero, sí; mucho... mucho...

Y torpe, torpe, no sabía decir otra cosa yo:

—Mucho... mucho...

¡Oh, de haber tenido esa hábil disciplina de los horteras que eslabonan modismos y llenan el tiempo con todos los colores de la cursilería.

Y yo:

—Mucho, María Agustina...

Ella respondió, como recogiendo en sus labios mi palabra:

—Mucho...

Un **ruído**, — no sé todavía de qué — nos trajo a la realidad exterior. Quiere decir que había un mundo, un país, una ciudad, un parque, aires, espacio...

Ella permanecía quieta como una paloma agonizante.

Golpes de luz y manchas de sombras. Alguna

bocina de auto desgarraba los aires como los tenderos el bramante. Los árboles, silenciosos, pensativos. Los focos encendidos proyectaban en el lago figuras luminosas que fingían álamos dorados acostados en la superficie de las aguas. Y la luna parecía uno de esos focos blanco leche que se hubiese escapado de un poste llegando arriba del cielo. Nosotros, — ella y yo — caminando entre los árboles, como dos árboles sin copas.

¡Ah, si nos queríamos!...

¡Mucho!...

Mucho: esta palabra la había dicho yo primero; pero ella la recogió en sus labios y me la devolvió sumisa y endulzada. Hoy, todavía, no puedo **oir**la ni repetirla sin realizarse el milagro de sentir reproducirse la dulcísima emoción de aquella noche.

¡Mucho!... Es una palabra nuestra. ¡Mucho... mucho!... Es una palabra suya y mía exclusivamente. Solamente ella y yo vivimos la plenitud rebosante y luminosa de su significado. Más de una vez, después, añorando (todos tenemos momentos de añoranzas, aún los menos sentimentales) me repetía a mí mismo la mágica palabra: ¡Mucho... mucho!... Y era como si, sediento y seco, estuvie-

se chupando el jugo de una naranja. ¡Mucho... mucho!... Y veía la escena otra vez: ella; yo; la hora; lo demás... (Y el **ruído** aquel que nos descargó su golpe y nos despertó a la realidad).

Es lo que yo digo: ¿Por qué nuestro amor no siguió su curso según como lo anunciaban estos antecedentes sentimentales hechos de dulzura y de confesiones sincerísimas?...

Casi me atrevería a decir que nuestro amor, comenzado con primores románticos, **fué** estropeado en amor desconfiado y beligerante.

ESCENA I

ELLA

¿Sabes por qué tengo tanto miedo de este amor?

YO

Tú dirás.

ELLA

Porque somos dos espíritus irónicos. Nos da vergüenza confesar la realidad que sentimos. Tenemos el pudor de nuestros sentimientos.

YO

No analices. No razones, María Agustina. El amor se siente, y nada más. Déjate amar; déjame amarte.

ELLA

Es indiscutible que nos queremos, ¿**nó**? Pero nos parece cursi confesárnoslo.

YO

No es así, porque yo te lo he dicho varias veces; y te lo repito sin vergüenza y sin sentir el ridículo. Yo-te-queie-ro.

ELLA

Si, con las cuatro palabras imprescindibles, sin una más, sin nada en la voz... sin esa frase espontánea... No hubo el gesto... ¿cómo te diré?

YO

¡No me iba a arrodillar yo delante de tí, como un actor de película italiana!...

ELLA

¿No ves?... Nos parece ridículo, cursi, tonto, grotesco, el amor. Odiamos, por espíritu crítico, expre-

sar nuestros sentimientos con limpieza; digo, con lo espontáneo del momento.

YO

¡Pero!...

ELLA

Nosotros nos “decimos” las palabras del amor como los actores en los ensayos... o como los chicos cuando recitan una lección... Nosotros no podemos amarnos como todos. Y no es reproche.

YO

¿Somos seres de excepción?

ELLA

No, pero tiene su encanto quererse ingenuamente. Hemos perdido la ingenuidad. Debemos ser un poco tontos y crédulos.

YO

Bueno, cállate. Tus cosas, en vez de encender el amor, lo apagan.

ESCENA II.

Por discreción, por elegancia, no le hablaba jamás de su marido; y por eso mismo ella lo mentaba apenas, con la sencillez y naturalidad como decía, por ejemplo: “Pasaron cuatro tranvías completos y...”

Una vez habló de su marido con segunda intención.

ELLA

¿No me tienes a menos que engañe a Carlos?

YO

¡Si me engañaras a mí!...

ELLA

Es que, como lo engaño a él, podría mañana hacer lo mismo contigo. Tú no puedes tener fe y confianza en una mujer que prometió a su marido, frente a Dios, lo que no cumple; y que le traiciona como lo hago yo, mimándolo más todavía para tenerlo más ciego. Soy una mujer que miente; esto es evidente. ¿No es así?

(Temerosa o avergonzada de lo que acababa de decir, por haber comprendido su alcance, después de **oirse** sus propias palabras, añadió:

ELLA

¡Oh, pero son fantasías que tiene una! Es que yo me quisiera perdonar mi conducta con él. Es que mi conducta con él la siento bochornosa, y tengo remordimientos; y me mortifico a mi misma viéndome falsaria, traidora, mentirosa y adúltera. Tú no conoces estas pequeñas tragedias femeninas. Ustedes, los hombres, son los frívolos...

YO

Oye: en el teatro francés, no acaban de estar solos un hombre y una mujer, — casados siempre, cada uno por su parte— cuando el hombre le pide ya mismo el amor a la mujer, que siempre es una cita con todas las consecuencias agradables y ceñidas. Esa es, o parece ser, la realidad parisienne. Como ingrediente exótico, los comediógrafos ponen alguna que otra vez, allá a las perdidas, el remordimiento en la mujer. Pero la realidad de todos los días es otra...

Y continúe borroneando la entrevista con mil detalles pedantescos parecidos, para terminar hablando del sitio donde ella debía esperarme el sábado próximo.

ESCENA III.

Esto sucedió también en sábado.

ELLA

¡No me arrugues la blusa! ¡Bésame discretamente! ¡No lo tomes así hijo! ¡No se te puede hacer una gracia!

YO

Lo que hay es que te gusta jugar con el fuego. Primero: eres casada y cultivas este amor peligroso. Si estuvieras soltera, no me amarías. Quiero decir que entonces yo no tendría para **tí** ningún interés. Segundo: Razonas este amor nuestro; lo razones hasta que llegamos a tenerlo un poco en menos, un poco en ridículo; y entonces dejas de razonarlo y lo enciendes otra vez con puro sentimiento, con renovados deseos, con deseos sin palabras... Tercero: Provocas mis celos y mis desconfianzas. Tercero, o cuarto, o lo que sea: juegas conmigo como una gata con un ratón. Yo sería el ratón. Me fastidias, me molestas, me **apretas** sin morderme, me muerdes sin herirme, me hieres sin matarme. Hasta que quiero huir, y cuando me estoy yendo o estoy queriéndome ir o quisiera

estar yéndome, te me echas encima y me cazas con tu boca y tus brazos. ¡Ahí está la escena del jueves pasado!...

ELLA

¿Lo recuerdas todavía? ¡Qué rencoroso!

YO

No he querido recordarla con otra intención que la de mostrarte cómo es verdad que te gusta jugar con el peligro. Morirás en él. Conseguirás que te deje de querer. Por de pronto, ya hay momentos en que mi felicidad no es precisamente estar contigo. ¡Perdóname! ¡Pero mira que por tu conducta he llegado a decir lo que acabo de decir. Por otra parte, es la verdad.

ELLA

¡La verdad!...

YO

¡Tanto que lo es! Además, no acabo de comprenderte. ¿Qué eres principalmente, preferentemente? ¿Una mujer cerebral, una razonadora? ¡Horror! No, no. No hay nada más feo y ridículo que una mujer mostrándose superior intelectual-

mente al hombre y diciendo esas palabras que ensucian los labios de la mujer: célula, protozooario, revista de sociología política... Es una inversión. La mujer ha de ser superior al hombre en virtudes maternas; más cariñosa que el hombre, más tolerante; acogedora y perdonadora.

ELLA

No soy una intelectualista, no...

YO

Y a veces te presentas como una vulgar romántica lectora de folletines. "Hace cuatro meses y diez y siete días que nos conocemos"... Y lo dices de un modo francamente ridículo; o, mejor dicho, lo dices inmediatamente después de hacerme alguna escena fría o grosera; no esperas decirlo en ciertos momentos de auténtica emoción, no, no.

ELLA

No soy romántica ni leo versitos a la luz de la luna. Esto lo sabías; esto lo supiste desde siempre.

YO

Y aunque te creas una apasionada, quiero decir, una exagerada sexualmente, pues... no lo creo. La

mujer intensamente sexual no tiene imaginación; sucede lo que dice Martín Fierro... respecto de los caballos: sin largar, se cansaron en partidas... Por eso: porque no es capaz de figurarse escenas y cosas por su falta de imaginación; y como las necesita, entonces las busca en los sentidos primarios. Yo he conocido a una muchacha que no tenía imaginación, la pobre. Cuando le cogía la mano y se la oprimía, recién entonces ella comenzaba apenas a sentir el amor. Y quería... en fin: no quería hablar, porque las palabras no le suscitaban ninguna emoción; ella quería ver y tocar, sencillamente. No estando yo presente, jamás pensaba en mí, y esto me lo confesó, la pobre, Pero era porque la pobre no tenía imaginación; no podía, con una sola palabra ni con diez, ni con una mirada, ni con pensar retrospectivamente, no podía levantar, crear, ni una escena amable. Necesitaba materializarse el tipo y realizarse la escena.

ELLA

Así que yo...

YO

No puedes mostrarte largo tiempo lo que no eres. Afortunadamente, — o desgraciadamente —

tu eres una suntuosa y triste imaginativa. Todas tus conductas son posturas, con excepción de las que provoca tu imaginación. Entonces hay método, malicia, segunda intención. Es que la imaginación preside y gobierna. Primeramente era triste tu imaginación; después fue suntuosa, opulenta, maravillosa. Ahora es morbosa. Ahí está la escena del jueves. Tu quieres un amor como lo has soñado, como lo has imaginado, como lo imaginas siempre que te quedas silenciosa. Te has creado un tipo ideal de amor, con escenas ideales y con un amante ideal.

Yo soy el tipo de hombre que más se aproxima al tipo de amante ideal que ha fabricado tu imaginación. Entonces me has adornado con condiciones que no poseo; has exagerado algunas de que efectivamente soy dueño; no ves, porque te has empeñado en no verlos, defectos míos que existen pero que tú no quieres que existan porque no existen en tu amante ideal; en fin, procuras que yo realice en mí, de modo cabal, con la fidelidad de una mano con la otra en la plegaria, tu tipo de hombre. Y, claro, ahora yo soy para tí otro del que soy para mí y para las gentes. Si la imaginación tuya no basta para transformarme; o en mí hay algo duro y rebelde al moldeado, trabajas entonces sobre

mi carácter y lo quisieras gobernar como blanda cera, pues algo de mi realidad verdadera disuena y choca con tu tipo ideal. Por ejemplo: me quieres celoso y agresivo ¡Yo! Me quieres disolvente y peligroso ¡Yo! Me quieres, incluso, de una sexualidad casi... grosera... ¡Yo, que gusto más estarme silencioso al lado de la mujer! Me quieres no tal como efectivamente soy, sino como deseas que fuese, y entonces me vas fabricando igualito a tu tipo imaginado...

ELLA

Estas blasfemando, pero sigue...

YO

¡Sigue!... Esto es lo que quieres: razonar, suscitarme temblores, hacer temblar nuestro amor. Los otros días vi a mis hermanas que estaban tirando piedrecitas a los vidrios para gustar, más que el ruidito de chauchas al salir de la vaina, ese estar a punto de romper el vidrio y sin embargo conseguir que no se rompa... ¡Van a romper los vidrios! — decía mamá. — Y cada vez arrojaban las piedritas con más fuerza; era evidente que no querían romper el vidrio.

Algo de eso hay en tu conducta. Pero como al

fin mi hermana por fin rayó el vidrio y hubo que romperlo después, así, jugando al peligro y al temblor con nuestro amor, lo has rayado ya con una cierta inquietud molesta que procuro analizar; y al fin vas a conseguir romperlo; o habrá que romperlo de cualquier modo. Por eso decía que ahora tu imaginación es enfermiza.

ELLA

Anormal.

YO

Morbosa, anormal. Anormal, porque en vez de coadyuvar en favor de la prolongación triunfal de nuestro amor, conspiras en contra. Eres una soñadora peligrosa. Y empleas el razonamiento como elemento disolvente, provocador.

ELLA

Oye: cuando tú razones, — porque tú también razones... — no olvides un detallito que tiene su importancia: yo te quiero verdaderamente; te quiero...

YO

Si, si, si... eso aparte; no lo niego; lo reconoz-

co. No es eso. Pues si lo que voy diciendo tiene lógica porque partí de esa base, de esa verdad: que me quieres, que nos queremos. Pero, lo que discutimos, son los modos de tu querer. La vez pasada te dije cuánto me disgusta y cómo me violenta el traje sastre. Te reíste; y dijiste que yo no era capaz de encontrar belleza en las severas líneas arquitectónicas del tailleur, pero yo te repliqué que en la mujer yo amo lo femenino, lo maternal, lo delicado, lo fino, lo dulce, lo frágil, en fin, y acaso por contraste con mi carácter, precisamente lo opuesto a las condiciones del traje sastre. No me gustaba, no me gusta, en la mujer, la línea rígida y dura. Recuerda mis palabras: el traje sastre te substraía una crecida cantidad de feminidad. ¿Qué hiciste tú? Habíamos convenido una cita para el inmediato jueves a las cuatro. El jueves siguiente, a las cuatro, llegaste metida en tu traje sastre de líneas duras y rectas y de groseros faldones de viejo profesor que me recordaron inmediatamente a Mister Buttler que me enseñó inglés. Provocabas mi rabia, mi **adversión**, mi desamor. Frente a mi disgusto, haciéndote la desentendida y la incomprensiva, me mentiste que tenías algo urente que cumplir: el médico, el niño, su clase de música; qué sé yo... Pero añadiste

que volverías a las seis. Dos horas: de las cuatro a las seis. Dos horas de temblor para **tí**. Pensarías seguramente: “El está fastidiado; me gustaría verlo enojado y en seguida transformarse en enamorado meloso”. Eso seguramente pensabas. Y a las seis volviste con un leve y dulce vestido de taffetas, de un amable azul claro, con la pollera combada como una rosa invertida. Y no ya el cuello de hombre y la corbata torera, **sinó** la chorrera de encaje bordeando con su espuma el escote palpitante. Venías a destruir con tu encanto nuevo el primer efecto desagradable. Eso es: provocas mi desamor; después reconquistas mi amor. Quieres un perpetuo temblor. Juegas con el fuego. Te quemarás. Eres una mujer enferma.

ELLA

¡Qué cruel eres! Yo no puedo razonar tanto como tú para demostrarte que no tienes razón al interpretar mis modos de amor — como dices tú — así desastrosamente para mi sinceridad; te digo, sencillamente, que no tienes razón, que no dices verdad; y hasta diría que, si no te quisiera como te quiero, me sentiría ofendida y castigada por yo no sé qué horribles pensamientos o hechos.

YO

Si pudieras eslabonar una argumentación sólida y eficaz, convincente y elocuente, la callarías con toda malicia; la callarías dentro de tu pecho, la esconderías como se esconde un tesoro o un horrible pecado, porque para tu gusto es preferible que yo continúe así como estoy, molestado y nervioso.

ESCENA IV.

YO

Ya te he dicho muchas veces, María Agustina, que no me gusta eso. Ya te compraré unas chinelas, pero no camines descalza fuera de la alfombra.

ELLA

¿Temes que me hiera alguna astilla?

YO

No es eso.

ELLA

¡Qué lástima!

YO

Sea por... egoísmo, si quieres. Me disgusta

verte caminar descalza. Tengo recuerdos groseros que quisiera olvidar, que no quisiera revivir. Yo soy... casi del arroyo. La primera vez que amé, estábamos descalzos ella y yo. **Fué** en un potrero del entonces suburbio. Otros quisieran revivir el momento **alueñado** del primer connubio. A mí me desagrada. Mi infancia, los años de mi primera juventud, no fueron precisamente alegres ni hermosos. Además, verte descalza y caminar descalza por la habitación, me recuerdas a una sirvienta chinita sucia y petisita que se venía de noche a mi pieza silenciosamente y descalza.

ELLA

¡Qué recuerdos, Máximo!...

YO

¿Qué quieres?, yo no he tenido infancia de príncipe ni juventud de niño bien. ¿Para qué mentirte una vida esplendorosa de afectos dulces y maravillosos, si no he visto **sinó** pobreza, suciedad, sexo sin imaginación?... Tampoco me gusta esa sonrisa. A veces me figuro que te ríes de mí...

ELLA

Aquí el que razona eres tú; el que busca los

otros pies al gato, eres tú; yo vengo a quererte, nada más; a besarte y nada más. Lo demás, son tonterías.

YO

Si, si, si. Primeramente buscas excitarme, molestarme; y después dices que... Como los chicos que hacen una diablura y después dicen: “Yo no sé nada, ¡tan bien que estábamos!”

ESCENA V.

YO

¿Qué quieres saber, ahora? Te lo he dicho todo, todo, todo. Sabes tanto como yo, ahora. Sabes tanto como los hombres.

ELLA

¿Cómo las llaman?

YO

¡No sé!

ELLA

Y dices que “La Estrellita” y “La Jerezana”...

YO

¡Yo no digo nada! ¡Se acabó! ¡Se acabó! ¡Quiéres excitarte, tú! ¡Enferma! ¡Viciosa! No te basta la realidad de mi amor leal y limpio. Tu imaginación, suntuosa, cálida, insaciable, devora la realidad inmediatamente y quiere todo sueño transformar en realidad. Tú enciendes tu imaginación con las realidades que ignoras. ¡Pero basta! ¡Se acabó!

ELLA

Era una curiosidad natural... Nada más... No exageres...

YO

No; no era una simple curiosidad; no, no era una curiosidad desinteresada... Tú mereces un amante de tu ambiente; de tu ambiente perezoso y sensual, de gente fácil a los caprichos, habituados todos a satisfacer siempre sus gustos y deseos imprevistos e insólitos y por eso también acostumbrados a cansarse de unos placeres y renovarlos o buscar otros. Yo no he satisfecho todos mis deseos; ¡qué digo: yo no he realizado ningún placer soñado! Por eso los encuentro siempre nuevos aunque sean siempre los mismos. Yo no he podido abusar todavía de los viajes ni de las mujeres... por falta

de dinero acaso... y por eso me sigue gustando el amor en su forma elemental y limpia. ¡Ah, terminarás mal, María Agustina! ¡Acuérdate! ¡No quiero pensarlo!

ELLA

Pájaro de mal agüero.

YO

¡No debes soñar tanto, María Agustina!

ELLA

Quedamos con que tu eres el razonador implacable. El amor debe ser más fácil, más tranquilo, más frívolo. Eres tú, es esa fuerza oscura del suburbio, de ese otro ambiente trágico y duro, es tu inadaptación exacta a otro ambiente y a otra gente, lo que hace temblar nuestro amor. No soy yo, no; o, mejor dicho: acaso sea porque uno de nosotros no puede adaptarse al otro... Pero, mira: yo te quiero porque eres así, duro, fuerte, grosero, y por momentos me parece verte desnudarte de tu traje elegante y pulcro y aparece el hombre de las cavernas. Mira: cállate, amémonos mientras nos queremos. Dame un beso.

YO

Transijo, María Agustina, transijo. ¿Qué le voy a hacer? Te quiero. Eso es todo. ¡Ah, déjame llorar! ¡Es que no puedo más! ¡No puedo más! Yo no he conseguido mover ni un solo átomo de tu temperamento; tú, en cambio, me has torcido, me has moldeado, me has transformado. Yo no era sí, **nó**, yo no era así antes. Y me has hecho casi, casi tal como querías que fuese. Soy tu obra; hay, todavía, un resto de mí en mí, y eso que hace rezongar a mi rebeldía; pero aquí está, a tus pies como una cosa; ya no tengo nada más mío. Soy un instrumento de tu imaginación. Me humillo ante ti. Está bien. ¡Pero mira que desde ahora mis ideas son otras; acaso den un vuelco mis modos de pensar, de sentir y de hacer... acaso deje de amarte... acaso te mate... te estrangule... mira cómo estoy nervioso!...

¡Pero **nó**! ¡Aquí el que manda soy yo! Y dime ahora, si quieres, “grosero, carrero, ordinario”. Ya no me importa. Antes quería aparecer ante **tí** como un caballero sensible al agravio femenino. ¡No quiero ser caballero y no quiero sentirme herido por tus palabras! Soy de humilde condición, ¿y qué? No entiendo tus matices ¿y qué? Vengo del suburbio ¿y qué? No quiero adaptarme

a tu ambiente. Y ahora mismo me vas a besar en la boca, con toda tu sed, o de lo contrario te vas de aquí...

ELLA ME QUIERE
Intermedio antirromántico

Me está gustando verla sonreírme. Y retardo el momento de hablarla para prolongar esta dulce y egoísta dicha de verla que me está reclamando mi amor, mi atención, mi mirada. Yo me hago un poco el tímido y el correcto. Cuando ella — para llevarse hasta el Correo — pasa por mi calle, frente a la puerta de la pensión donde tengo mis baúles y me tengo a mí mismo, yo apenas descanso suavemente mi mirada sobre su carita, sobre sus ojos; yo la miro con suavidad y con cierta tristeza suave (no se me escapa esta adjetivación...); ella, en cambio, acompaña su mirada prolongada e intencionada, su mirada conversadora y atrevida, con una sonrisa manchada de sensualismo.

Va como quince días que esto es así.

En la mirada de ella hay un entregamiento de voluntad; en su mirada, ella me abandona sus deseos para que yo los lea; y la mirada enamorada de sus ojos es una prosa fácil de novela semanal. “Ven, háblame, ¿qué esperas?”... O sino: “Sígueme hasta el Correo”. Hay en su mirada otras confesiones: “Me gustas, hombre, me agradas; eres alto, eres fuerte; tómame; estoy queriendo ofrecerte a ti; me gustas; deseo, quiero estar a tu lado, cerca de **tí**, tocar tus manos de hombre arrugadas y velludas, y tus mejillas ásperas por la barba; quisiera jugar con la cadena de tu reloj, y descomponerte la corbata; y oler tu aliento mezclado con el del cigarrillo; quisiera **oir** tu voz, tu voz de hombre, pidiéndome un beso; quisiera tenerte a mi lado, en el zaguán de mi casa, y sentir tu mano de hombre — gruesa mano, mano robusta — apretar mi fina manecita; o sentir tu mano oprimirme el brazo”... Ella, sin haber hablado jamás conmigo, sin haber percibido nunca el grueso timbre de mi agria voz, sin haber sentido nunca los modos de mi efusión sentimental, ya me desea; desea verme a su lado, desea **oirme** hablarla — yo, precisamente yo, y **nó** otro — desea que yo la tome de la cintura, o que yo le

pase mi mano por entre la espuma de su mecenita. (El corte de la melena le **dá** la expresión de un paje). Todos los días piensa en mí. Piensa en mí en la hora escabrosa de echarse en la cama. Acurrucadita en el muelle lecho, cerrará los ojos y me verá con los agrandados ojos de la imaginación afiebrada. Me verá tal como realmente me suele ver en la plaza del pueblo durante la retreta cuando camino solo o cuando me acompaña algún amigo; me verá caminar con mi paso largo y desgarrado. Pero en seguida mayor dulzura encontrará recordándose recortado y erguido contra el marco de mi puerta mirándola suavemente. E imaginará su dicha: yo la sonreiría y la hablaría inclinándome un poco hacia su hombro — porque yo soy más alto que ella. — Y, pensando en mí, se irá dulcemente adormeciendo en un sereno sopor, mezclándose ficción y realidad hasta quedarse dormida... Al despertarse a la mañana siguiente cuando se limpia de sombras la habitación y un listón de luz filtra por entre alguna rendija, ella se encontrará, sin saber cómo, nuevamente pensando en mí. Piensa: “En la hora del correo, lo veré”. En la hora del correo, piensa: “Voy por la calle 9, doblo por la 20, sigo hasta la 26, doblo; ahí está él”. El soy yo. En la esquina, piensa: “¿Estará él en

la puerta de calle? ¿Sí? ¿No?” Dobra; me descubre en la puerta; continúa caminando...

En la cabecita de esta muchacha yo soy una obsesión. ¿Qué más pensaré de mí? Yo siento un gusto egoísta y casi sexual introduciéndome en su cabecita para analizarle los pensamientos más escondidos. ¿Qué más pensaré de mí? La emoción primaria y más persistente y fuerte y volvedora la suscita mi figura y las escenas verosímiles y principalmente de **orden** material que ella se imagina: por ejemplo: yo la tomaría entre mis brazos y de repente, insólitamente, la besaría en la boca. Le gustará imaginarse cómo se juntarán mis labios a los suyos; y hasta, en la locura de su sueño, sospechará que llegarán a chocar, con un seco ruidito de cristales, mis dientes contra los suyos. Le gustará verse arreglándose la melena que yo le habría manoseado. ¡Qué lindo es meterle la mano dentro del pulmón de la melenita!... “Bruto”. O: “Atrevido”, se dirá ella en voz baja, o lo dirá acaso al almanaque de la pared en el cual quizá esté yo en esa confusión de su cabecita. Cuando se viste para salir, en la posibilidad o certeza de verme, o de que yo la vea, se esmerará en su elegancia, y yo presidiré la altura de la pollera y la pátina de polvo y el estiramiento exacto de las medias de seda. Las

medias las estirará bien de modo de perfilar las pantorrillas como moldeadas. “A los hombres les gusta mirar las piernas; las mías son lindas”. Elegirá el color de las medias. Las dobles ligas prenden arriba sobre un cinturón o la camisa, y abajo sobre las medias inmediatamente encima de las rodillas. “Algún día me verá las rodillas, él”. El cinturón ha de ser exacto, preciso, encima del juego de las caderas o acaso cayendo un poco.

El escote, por la mañana, ha de ser así... Ella sentirá una alegría picante pensando que yo le miraré la carne que deja escapar el ojo del escote; y las curvas de las piernas; y las caderas, y el pecho, y los ojos.

La vida de relación finca en nuestra situación: ella y yo. Lo demás va gradualmente perdiendo importancia. Todo es decoración. Lo trascendental somos únicamente Ella y Yo. Ella y Yo **constituimos** el eje del universo. Al leer los diarios, u oyendo las conversaciones de sus amigos, tropezaré alguna vez con el nombre mío: Carlos. Entonces ella sentirá precipitarse la respiración o suspenderse; o sentirá un golpecito en su corazón, como cuando en la noche el viento abre de pronto una puerta. En rueda de amigas, ella hablará de mí. ¿Qué dirá ella de mí a sus amigas? ¿Cómo saldrá de

sus labios mi nombre? ¿Qué palabras lo acompañarán, y qué sentimos le bañarán? “Hoy lo he visto” dirá sencillamente a su amiga íntima. Ningún hombre oirá el diálogo de dos amigas íntimas. “Hoy lo he visto”. “Siempre simpático”. Es un misterio el diálogo. Yo no puedo imaginármelo de ninguna manera. En la plaza, durante la retreta, las amigas le darán golpecitos con el codo avisándole mi presencia. O le dirán: “Mira, ahí viene”.

Hemos de ser amigos, Ella y Yo. Ella me ha de querer, porque ya me quiere con el prestigio que en ella misma se creó ella para mí. Yo, sencillamente, cultivaré nuestro amor. Ya, ahora, antes de hablarnos, seguramente ella sueña en un amor dulce y fuerte. Soñará, no en princesas ni en noches de luna, puesto que concurre asiduamente al cinematógrafo, **sinó** en una declaración de amor como sucede en la vida de todos los días; soñará en una declaración de amor acaso un tanto torpe, durante una noche acaso de lluvia y viento, en el zaguán de su casa, dentro del temor y el sobresalto de vernos inopinadamente descubiertos por el padre o la hermana. En el zaguán de su casa — soñará ella — estaremos juntos ella y yo. Yo estaré un poco groseramente echado con la caja del cuerpo casi sobre el blando pecho de ella; y entre mis manos tendré las suyas livianas

y tersas; y yo la diría cosas sencillas y simples: “Eres linda; me gustas y te quiero”. O **sinó**, de repente, rompiendo la narración de un argumento cinematográfico, la diría: “Pero, ¿sabes que eres linda, y que me estás gustando cada día más?”... Y ella ensaya en su sueño las cosas que me diría, sencillas y sinceras: “Yo también” — ¿También, qué? — También... te... quie... ro...” Se le llena de dulzura toda la boca y la copa del corazón y se siente liviana de contento auténtico. Entonces, valientemente, se atreve a pensar que acaso podría contestarme con una frase más larga... Y después, más tarde... Ella sin duda imagina mi carrera, mi ida, mi familia, mi hogar. Toda sumergida en mí, en mi amor, esta muchacha que me quiere se desprende de la tierra y continúa soñando dentro de un país imposible. La realidad le dá tirones de vez en cuando y entonces ella cae en cosas sensatas como ésta: “Pero, ¿qué hace este muchacho que no me habla?” Bueno; hoy la hablaré. Hace quince días que la miro mirarme. Hoy la hablaré. Pasaré por mi calle. La miraré. ¡Lindas las piernitas! Me pondré a su lado esta vez sonriendo con claridad, apagando la lubricidad de mis ojos. Me pondré a su lado, y le diré:

—Señorita: ¿quiere usted que la acompañe hasta?...

AÍDA

I

—Buenas noches. Pase. El doctor ha salido, seguramente a ver un enfermo...

¡Es raro! ¿No había suprimido las visitas a domicilio, porque le robaban demasiado tiempo y le obligaban a levantarse de la cama a todas horas del día y de la noche?...

—...seguramente para ver a un enfermo, porque mientras hablaba por teléfono, escribió una dirección...

Está razonando mal la sirvienta; Carbone no **fué** a visitar a un enfermo. Ya me parecía a mí que...

—...pero dijo que volvería en seguida y además insistió en que usted no se fuese... Pase...

Yo mismo abro la llave de la luz y el dormitorio de Carbone se llena de claridad. Me siento en la cama y...

—No, no traiga, Rosario; cuando vuelva él, acaso... Además, ya tomé en casa, hace un momento apenas. Gracias...

Rosario, la corpulenta y sanguínea sirvienta, criada, cocinera, ama de llaves, se lleva a sí misma a otra parte.

¡Es curioso este Carbone! Allí, en el consultorio, tiene llenas las estanterías de libros de medicina que jamás lee. Aquí sobre la mesita de luz, sobre el lavabo, sobre la cama, sobre aquel baúl, hay desparrramadas una abigarrada suerte de folletos y libros de ninguna trascendencia filosófica, científica, ni espiritual. Nada de eso; son especialmente ediciones baratas y apresuradas de obras cómicas, de teatro frívolo y alegre. Ediciones económicas, llenas de erratas que juegan estratégicamente en los pasajes más interesantes. Y un montón de revistas que...

—¡Hola! Un enfermo que... ¿hace mucho que llegó usted? ¿Le dijo Rosario...? ¿**Vámos** a tomar café aquí?...

Se desenrosca la bufanda y la deja caer a los pies de la cama; se quita el sobretodo y lo cuelga

del pomo del ropero, arriba. Después, arroja el sombrero sobre aquel baúl.

—¡Me revientan ciertos enfermos! yo estoy hecho ya a cosas así, pero esta noche me fastidió la señora esa... ¿Por qué no enciende la estufa, Lagos? Abra la llave... ¡La señora esa quería a todo trance que le asegurara, que le jurara, que en tres o cuatro meses sanaría!... Todo porque le había dicho que eso suyo no era nada... que curaría... un poco de paciencia... ¡en fin, lo que dice el médico en casos así! Pero es terca la señora, pesada, inaguantable. Haría salirse de sus casillas al más esteta de los impasibles. “¿Usted me jura que sanaré?” — Sí, señora; si eso es nada...” — “¿En cuánto tiempo? ¿Un año?” — Yo estaba ya fuera de mí, y para desprenderme de esas cargosas preguntas, asentía siempre. — “En menos tiempo, señora”. — “¿Seis meses? ¿Tres meses?” — “Sí, señora; en tres meses es probable que cure totalmente”. — “¿Probable, dice?” **¿Entonces** no es seguro?” — “Si, señora, sí; es fácil, es segura su curación”. — “Júremelo usted, doctor!” — Yo le juré lo que quería, todo. ¡Qué embromar con los enfermos, también!... Usted, Lagos, está bien; me gusta su profesión... ¡Rosario!... Hace su santa voluntad; distribuye sus horas como quiere... ¡es libre!... Vea, Rosario, trai-

ga café... En cambio, el médico... A todo esto, ¿qué hora es? ¿Tendremos tiempo de ver “La venganza de Don Mendo”?

Ya no. La astrakanada de Muñoz Seca tenemos que dejarla para otro día.

Tomamos café.

—¿Vamos a lo de **Estevez**? ¡Ya está! Vamos. O acaso... Acaso podamos alcanzar la última sección de... ¿Tiene un diario ahí?...

Salimos. estamos en la calle. Hace frío. Subimos la barranca de Montes de oca. Siempre así, todas las noches: nos vamos al centro a pie, y eso nos place. A veces caminamos cuatro, cinco, hasta más cuadras, sin hablar. Un detalle, que me parece efecto del hábito y **nó** de alguna razón psicológica: él va siempre del lado de la pared. He hecho pruebas; más de una vez caminábamos, yo casi contra los muros; él, maquinalmente, me desalojaba. Pero cuando vamos tres, él ocupa el medio; esto también me llamó la atención y pretendí en cierta ocasión no dejarme arrebatar ese lugar. El, Carbone, se ponía en el medio. En este último caso si hay una razón psicológica: Carbone es un espíritu absorbente y excluyente; siempre quiere ser el eje de la escena y de la conversación.

Caminamos despacio; hablamos. Nos detene-

mos a contemplar cualquier cosa, especialmente los enormes y pintarrajeados anuncios y afiches de los tres cines que encontramos en el camino.

—Usted que lee cosas profundas...

Hay que comprenderlo a Carbone: hay ironía en su frase, pero esa ironía suya no es la reacción del ignorante que desprecia lo que no entiende. El sabe que hay cosas profundas; hay en él la posibilidad de entenderlas, pero cree que es mejor no ocuparse de ellas. Es un descreído de la filosofía; no encontró en ella lo que buscara; no la satisfizo. Encuentra más verdad en la vida, en la calle. Y además, tiene más fe en sí mismo, en su visión personal, propia, de cosas y sucesos, que en la interpretación de los otros.

—Usted que lee cosas profundas: ¿no ha salido “por ahí” un pensador de veras, serio, que diga cosas bien pensadas sobre Carlitos Chaplín? ¡Usted no sabe qué gran función psicológica, médica, moral, está cumpliendo Carlitos! La humanidad está necesitada de alegría. Hay que reír. Algunos saben reír. Los libros matan la alegría. La seriedad es fabricación burguesa. A mí me encanta Carlitos...

Carbone, el doctor Camilo Carbone, habla así, sin método, sin **hilación**, atropelladamente. Se le ocurre una idea, y no espera colocarla en su punto

y hora; la dice en seguida. Por eso muchas veces es obscuro, porque, si la idea puede ser maravillosa, el razonamiento está todo desencuadrado. A veces habla; me hace preguntas, y ni me **dá** tiempo a que las conteste. El hace la pregunta y da la respuesta, y entonces parece un paradójal diálogo de una sola voz y un solo personaje:

—¿Le parece a usted lógico eso de que uno nace para vivir en “serio”, y tomar en serio todo? **Nó**; la alegría es lo positivo; el dolor lo negativo; la seriedad está más cerca del dolor. Entonces hay que **reir**. ¿No es así? Sí; claro. Hay que **reir**. El problema está en saber **reir**. **Nó**; no es eso. El problema está en poder **reir**. Porque se dan temperamentos en los...

No es la primera vez que Carbone exalta la alegría y preconiza la necesidad de **reir**. De acuerdo con estas ideas y dejándose llevar además por su natural frívolo y alegre, huye de todo espectáculo triste y busca las diversiones, las distracciones, los paseos, el teatro cómico, la lectura fácil; lo interesante, lo pintoresco. ¡Nada de dolor ni de trascendentalismos! Y, por ironía, su profesión de médico le obliga a distraer gran parte de su tiempo en curar enfermos, en presenciar escenas de dolor, en ver pústulas y llagas. ¡Y tocarlas!

Sin embargo, Carbone no suele **reir**. Las otras noches estuvimos viendo “Fucar XXI”. Yo reía sonoroamente, con ganas. El debe haberse divertido amontonadamente, pero los signos exteriores de este prolongado contento eran apenas una concentrada atención, una viveza en los ojos, y una permanente sonrisa en los labios.

Caminando, caminando, hemos llegado a la Avenida. Antes de que él determine lo que haremos inmediata y efectivamente, ya se yo que ni vamos a ir al teatro, ni a verlo a **Estevez**. Se le **vá** a ocurrir otra cosa: ir al Metropol; o programa de revistas, o... Cualquiera cosa, menos lo que había propuesto antes.

—Sigamos un cuadras, ¿quiere? ¿Está cansado? ¿O entramos aquí a **oir** un poco de música? Eso es, entremos...

Nos sentamos. Hay mucha gente, mucha luz; los mozos corren.

—Fíjese aquella pareja. Yo también tuve amores. Si, señor. Cuando era estudiante. La única sensación que conservo es de dulzura. Para mí, el amor es dulzura y suavidad. Pero entonces tenía veinte años y podía encontrar dulzura y suavidad en el amor, porque creía que efectivamente había eso. Como hoy tengo treinta y cuatro años y no soy el estudiante

ingenuo de entonces, claro está que no encontraré ni dulzura, ni suavidad. Todo es ilusión y en las cosas existe lo que uno pone. Si yo soy ahora un analista, ¿cómo podré encontrar lo que... ¡Fíjese la pareja! Fíjese cómo ella escucha las probables tonterías que dice él. Porque fíjese la frente del hombre: una frente de simio, y en toda la cara un no sé qué de... de inferior... de idiota. Ella parece más inteligente; y no es fea. ¡Lástima de vestido sin gracia, acaso, de espíritu sin sal! ¡Fíjese, fíjese cómo ahora, detrás del jarrón del agua, enclavijan los dedos! Están enamorados. Es curioso esto del amor. Será porque yo soy médico y veo todo en células, microbios, funciones... o será por otra causa proveniente de mi temperamento, pero lo cierto es que yo no me explico el amor así, de esa manera estúpida, **romántica**, sentimentaloides, cursi... En el amor veo: o deseo, o cariño, o deseo y cariño al mismo tiempo. El deseo no emplea muy suaves maneras, que digamos; maneras falsas, miradas románticas... Y si hay cariño, bien puede uno traducirlo con modos naturales, sin necesidad de caer en el espectáculo. Yo tuve un cariño indecible por mamá, y nunca lo traduje de manera ridícula. En el amor, entonces, ¿por qué el cariño se hace estúpido?

A decir verdad, Carbone no cuida el léxico; eso

explica esa profusión de palabras poco suaves: estúpido, imbécil...

—...y lo que jamás me explicaré: que por amor un individuo enceguece y mata o se suicida. No es amor, entonces. Sería otra cosa...

Las conversaciones, en la calle, en el café, en la vida de relación, son generalmente contradictorias, ilógicas; no están armadas, ajustadas, encadenadas; no siguen derechamente el camino hacia una conclusión, una tesis, al modo de los diálogos socráticos que con paciencia y concentración mental escribiera Platón para sabroso regalo de la gula intelectual. En la vida real de todos los días, dos amigos dialogan y a lo mejor ignoran qué es lo que quieren demostrar y qué es lo que combaten o lo que defienden. Y hasta llegan a agredirse con palabras y... ¡están de acuerdo!...

Yo ahora estoy atendiendo el discurso de Carbone: no hay **hilación** lógica. Quisiera contradecirlo, pero, ¿cuál idea, cuál punto de vista, cuál palabra, contradigo? Carbone continúa hablando; traduce sus pensamientos y sus sentimientos; en vez de disponer sus ideas lógicamente, unas tras otras, según su importancia o su relación, las amontona unas encima de otras, sin orden, sin método.

—...el amor de un hombre inteligente, com-

prensivo, sincero, debe ser un amor correcto, discreto; es decir. un modo sano de amor, ¡un modo natural, vaya! Sin exaltaciones, sin puerilidades, ¡una cosa natural, en fin!...

Yo recordé y glosé unas líneas de “Berenice”:

—El amor de un hombre inteligente, irónico, razonador, es una cosa suntuosa y triste...

—¡Ya! —contesta un poco colérico.— ¿Por qué triste? ¿Acaso un hombre inteligente hace comedia y cumple actitudes ridículas y cursis en su cariño a la madre? ¿Acaso el hijo necesita querer de un modo triste a la madre? Y si bien es otra cosa el amor a la mujer... No hay necesidad de que se ame de un modo triste ni histriónico... Al contrario: el amor debe ser una cosa alegre. Sin embargo, los hombres lo ven triste y hacen comedia. Son estúpidos. ¿Qué significa eso de tomarle la mano a la muchacha y oprimirla con cierta intención — por lo demás bastante poco profunda — y siempre afectando un modo triste? Bueno... ¿vamos a hacer una partida?

Habíamos entrado a este café para **oir** música, y mientras la orquesta fabricaba el fox-trot de moda, Carbone habló y no oyó. Bueno; vamos a jugar al billar. Vamos a otro café.

Jugamos dos, tres horas. El suele ganar; es más

hábil que yo; tiene más pasión que yo. Pero es un poco... La vez que por casualidad gano yo, él me recuerda en seguid las ocasiones sucesivas en que salió vencedor. Yo a esto no le doy importancia. En el fondo y en la superficie, es un buen muchacho. Recuerdo que nuestra amistad nació cabe una mesa de billar.

Acabo de ganarle por casi dos rayas.

—Es torpeza la suya, Carbone...

Se va a los lavatorios sin contestarme.

Vuelve.

—¿Vamos a comer algo? Pero a otra parte...

Caminamos. Es más tibia esta hora. Al salir de casa hacía más frío.

—¡Ah! sub-alquilé las tres habitación del fondo. ¡Por fin!

El había alquilado una casa de bajos, de ocho piezas; solamente necesitaba cuatro él y una Rosario su sirvienta. Las tres restantes, las del fondo, eran las que acababa de sub-alquilar.

—Son ochenta pesos que no vienen mal.

Y había tardado en sub-arrendarlas, porque: “Yo le había dicho a Rosario que únicamente aceptase una familia de no más de tres personas, y mayores todos; sin perros, ni gatos, ni nada”. Y ahora me acaba de decir que, ¡por fin!, las alquiló.

—Una señora y su hija, que viven de las rentas de unos títulos. No tiene sirvienta. Ochenta pesos. ¡Encantado!

Un café de la Avenida. Entramos. Otra pareja de enamorados, allá, en aquel rincón. El espejo duplica las cabezas.

—¿Por qué no tomamos, como éstos, chocolate? Vamos a tomar chocolate con churros...

Y cuando se nos aproxima el mozo, pide te con leche y brioches.

Carbone observa a la pareja. Es menos ridícula que la otra que vimos a primera hora. Sin embargo, Carbone encuentra que...

—...les falta naturalidad a esos; el hombre es demasiado galante y solícito; y cuando ella habla, él pone excesiva atención; esto es un exceso, luego no es lo natural ¡Ergo!

Esta noche Carbone tiene la obsesión del amor y razona de un modo que no me agrada. Y no tan solo me hiere la conclusión materialista de sus razonamientos, **sinó** también la elección de las palabras. Carbone prodiga demasiadas palabras ordinarias...

Carbone continúa hablando así, casi groseramente, de un sentimiento tan delicado como el Amor. El habla. Y yo me ausento mentalmente a

vagos países de fantasía donde soy un amante gentil y triste de una hermosa doncella que... Mientras sueño, oigo como en sueños la música de palabras de Carbone; palabras ininteligibles, música vaga... No sé nada, no comprendo ningún razonamiento. Pero Carbone insiste, y he aquí que la conclusión de Carbone me trae a la realidad.

—¡El amor es un problema fisiológico, amigo Lagos!

Yo reacciono:

—¡Es una interpretación grosera, esa!

II

—Buenas noches; Si, señor... Pase...

Carbone estaba acomodando unos botes de perfumes sobre el mármol del lavatorio. Eran unos frascos de cristal, de formas rarísimas, nerviosas, grotescas.

—Es una voluptuosidad el perfume. Siempre me ha gustado, pero hasta ahora detuve el ímpetu que me quería llevar a apasionarme. Pero hoy recordé que soy un hombre de voluntad, que sé gobernar mis sentimientos, y no temí comprar estos cuatro frascos...

No sé por qué... me parece demasiado forzado este razonamientos.

—...y estuve al atardecer en la sastrería. Me hago dos trajes. Realmente, los necesitaba. Por otra parte, hay que gastar el dinero... Además de que existe una razón fundamental: hay que cultivar una cierta elegancia, **nó** precisamente para halagarse uno a sí mismo, **sinó** para no desagradar a las gentes con quienes uno debe convivir. Es indiscutible que una persona sucia y al vestida, desagrada. En mi caso... Vea usted, Lagos: yo soy un tanto... agrio... ordinario... no sé... me falta una cierta suavidad... en mis palabras, en mis gestos... Necesitaría un lenguaje más... más dulce; no este áspero, grosero, habitual... El traje, entonces, atenuaría...

—Es que, como uno piensa ásperamente, habla en correspondencia con su áspero razonar: habla ásperamente. Esto, cuando uno es sincero. Ahora: si uno continúa pensando groseramente y habla con un léxico suave, amable, elegido, entonces es un hipócrita, un comediante...

—Es que cierta cantidad de hipocre...

—¿Transige con ello? ¿Con lo artificial, con lo no natural?

Nos hundimos en un abismo; acaso estamos de acuerdo en lo esencial, y sin embargo discutimos

como beligerantes. Es que yo advierto contradicciones en Carbone y siento cierto placer en descu-brírselas. Hoy está un poco raro Carbone.

Rosario se lleva la bandeja del café, con un ruido musical de porcelana.

—¿Salimos? —insinúo yo.

—¿No le parece que hace mucho frío?

—No más que ayer —digo yo.

—¡Aunque truene, Lagos, aunque truene, hay que salir!

¡Ya está! Al salir de la habitación, Carbone ha mirado hacia los fondos de la casa. ¡Eh! Pero yo no le voy a hablar nada de los nuevos inquilinos. Si él está un poco interesado por la vecinita, no podrá contenerse, y me hablará de ella. ¡Ahora me explico los perfumes y los trajes! Ya existe "Ella" en la vida de Carbone. Si es por "Ella", efectivamente, que compró los perfumes y se hace los trajes, tendré que afearle su conducta al mentirme una interpretación materialista de la elegancia.

La calle. El camino de todas las noches. Montes de Oca; Bernardo de Irigoyen... Carbone está hoy silencioso como nunca. ¿Sueña? ¿Carbone sueña?

La Avenida de Mayo.

—¿Revistas? Hoy llegó correo...

—Bueno...

Es otro de nuestros placeres. Nuestro conocimiento de español, italiano y francés, nos procura este placer. Compramos un montón de revistas de toda calidad y contenido: hasta una revista de modas, sencillamente por la fina elegancia que el dibujante presta a las figuras.

La calle Florida, al atardecer; ¡qué fiesta para los ojos! Pero de noche es una **antipática** callejuela estrecha: un coche, un vigilante... Entramos a un café muy amable, para leer las revistas. Es un café hospitalario como un despacho propio; existen tan cómodos, tan suaves, tan acogedores sillones!...

—Café y anís.

Es un bazar feérico el montón de revistas; nos prometen paisajes, cuadros, dibujos, figuras, escenas, ¡esas artistas de cine, tan ideales con su traje de baño... vistas al bromuro! ¡Y esos grabados de la última obra **espectaculosa** de Londres en que veinte girls!... Aquí está la sonrisa de Douglas Fairbanks...

—Fíjese, Lagos: ¿**vé** usted?

Es un grabado que representa lo que se llamó “las dos hermanas siamesas”.

—Con esto, la Naturaleza nos guiña un ojo y nos dice: “Oh inflados mortales; vuestro orgullo de reyes de la creación; vuestro culto por la belleza y

la inteligencia, son ridículas posturas. Belleza, inteligencia, filosofía, seriedad... ¡todo pamplinas! Este ejemplar... ¿no os avergüenza?

—Sí, —convine yo, sin ganas para discutir;— sí; la vida no puede ser una cosa seria cuando nos presenta “*eso*”...

Unas fotografías de una boda aristocrática en Madrid, me trae el recuerdo de la vecina de Carbone. ¿Cómo no me habla Carbone de su linda vecinita? Porque debe ser linda. Carbone es un hombre fuerte: no me dirá nada hoy, pero un día de estos me contará los más minuciosos e inútiles detalles que a “Ella” se refieran.

—¿Y?... ¿qué tal la nueva inquilina, la hija?

—Ah, sí; bonita... Bonita, sí, como tantas...

Y nada más. —Nada más por hoy.

III

Ahora, ya no creo que Carbone razone desinteresadamente; ahora tiene un interés Carbone: justificar su amor, y su modo de amar.

—¿Sabe usted? La neurastenia, la incomodidad, el descontento, el nervioso, todo eso, proviene de la vida artificial. El hombre, a los treinta años, debe

tener hogar, esposa, hijos. La naturaleza reclama eso. Es una sensación como el hambre. Lo normal, lo natural, lo imperativo, es no oponerse a la Naturaleza. Hay que casarse, construir un hogar, tener un hijo... Esto es lo natural, lo lógico. Además, uno se va armando para estar en excelentes situaciones defensivas en la vejez.

—¿**Transije** con el amor?

—Siempre he aceptado el amor. Lo que niego, son las formas ingenuas que los mozos adoptan... ¡Sí, pues, amigo Lagos: he resuelto casarme! ¿No se asombra usted?

—¿Por qué? ¡Si eso es muy na-tu-ral!...

Por tres o cuatro noches consecutivas hablamos de amores y de mujeres. En casi dos años de amistad, habían **constituído** temas prohibidos; él tenía del amor un concepto grosero que me lastimaba; yo acababa de salir del conflicto sentimental con Agustina y no quería hablar de “eso”. A los dos años del suceso, el suceso y Agustina ya no me angustian y puedo hablar serenamente. Cuento mi amor y el final cruel. Carbone escucha. Yo termino...

—Lo triste está en que su actitud no **fué** la de un hombre fuerte, Lagos. Un hombre fuerte puede amar, odiar, pero nunca cae en la desesperación, ni en la tristeza, ni en el abatimiento. Fíjese usted

en las novelas y en el teatro; antes, el protagonista solía suicidarse o llorar desconsolado... Admitamos que las novelas sean el espejo de la realidad. Ahora; al novelista que en una obra hace suicidarse o llorar a un personaje, por motivos sentimentales, se le dice que es un literato para horteras. Hemos progresado en sensibilidad, pero no en sentido de debilidad, sino en el de fortaleza. Se puede ser más sensible, más sutil que antes; se es así efectivamente, pero al mismo tiempo se es más fuerte. Y si es así, ¿por qué no creer que, ya abolido el suicidio y el llanto, podrase abolir todo signo semejante de debilidad y cursilería, es decir: toda forma de dolor y toda forma de comedia? Se puede llegar perfectamente a esto: amar, amar naturalmente, sin excesos ridículos de cariño, sin angustias metafísicas; y fracasar en ese amor; y no sufrir.

—Su exceso de racionalismo, Carbone, es una forma de ingenuidad.

Unas noches después:

—Amigo Lagos, el sábado iremos al teatro, usted, yo, y las vecinas.

—¡Eh!

—Sí; nosotros y las vecinas. Me interesa conocer el carácter de Aída. Se llama Aída. Si me conviene y a ella no le disgusta, nos casamos. Yo necesito

un hogar. Tengo treinta y cinco años. Cinco más, y son cuarenta. ¡Cuarenta, Lagos, cuarenta años!

—Si... es una sensación puramente física, como el hambre... O elige esposa con el cuidado como eligió el barrio para su consultorio: cuestión de conveniencias... No contesto sus últimas frases, sino una idea anterior. Cuando usted se refería a...

—¡Ah, si... Bueno, pero no tanto, ¿eh?, no tanto... Un poco de afecto... ¡O mucho!... Como yo no tengo el sentimiento de la veneración...

Salimos a la calle. Era una noche húmeda, fría, molesta. Caía una lluvia fina, espaciada. De vez en cuando una ráfaga de viento parecía una enorme y fantástica sábana tendida mojada, que golpeaba contra los muros y los **transeuntes**.

—**Nó**, Lagos, **nó**. ¡Pero si es lindo ir así debajo de esta lluvia!

Pero a los doscientos metros se desdice.

—Si, tomemos un auto. Días así son días enemigos, a quienes no podemos amar. ¡Qué diferente el otoño de la calle, el otoño de todos los días, al otoño fabricado en nuestros sueños cuando nos sentimos suaves; al otoño literario también!...

Los sentimientos de Carbone y su lenguaje se van suavizando...

—...cuántas canciones al otoño, en los libros!

¡Y qué rabia el otoño en la vida, en la calle! Esto es parecido a lo otro: los enfermos en la literatura. Para los espíritus románticos y cursis, es una fiesta sentimental encontrarse en una novela con un personaje enfermo y desdichado, cuanto más pálido y tísico, mejor. ¡Cómo siente el lector no ser, él, el novio, la novia, del desgraciado enfermo, para prodigarle su inagotable ternura, su inagotable amor! Y esos lectores románticos, — se lo afirmo yo, que soy médico, — cuando encuentran en la vida a un enfermo, se alejan temerosos, cobardes...

—Es humano; se trata de romanticismo, y no de heroísmo.

IV

—Pase. El doctor está en la sala de las vecinas, con ellas. Espere un momentito que voy a llamarle.

Yo sonrío.

—Venga, Lagos, se las presento.

La madre es simpática. Es una de esas madres jóvenes, cuidadas en su persona, tolerante, comprensiva. En algunas cintas norteamericanas aparecen madres así. Pero descargo mi insolente curiosidad sobre la hija. Es rubia y tiene oscuros

los ojos; sonrío suavemente y entonces aparecen dos hoyitos picarescos, dos tildes en las mejillas “Dorothy Dalton”. No sé por qué veo personajes de cine... Sus dedos juegan con su cordón en cuyo extremo cuelga una borla, adorno en su vestido. Ahora se levanta. Es alta. Es elegantísima. Sonríe. Debe tener unos veinticinco años...

Carbone es locuaz, como siempre. Su actitud, la de siempre: completamente “natural”.

—¿Quieren café?

—Gracias. Yo preferiría te.

¡No es cierto! Una y mil veces: no es cierto. Todas las noches, a esta hora precisamente, Carbone y yo tomamos café. ¡Café! ¿Cuándo y dónde le he visto tomar te a Carbone? Pero ahora Carbone quiere demostrarme que no se excede en amabilidades e hipocresías. Que quiere ser natural. Sin dejar de ser cortés, porque dijo “gracias”. Para defenderse de lo cursi, de la mentira, de la comedia, del romanticismo, empieza por mentir, por hacer comedia... Al lado de este exceso de “*naturalidad*” observo una brillante alegría en sus ojos, una alegría completamente ingenua y sentimental.

Por lo demás, me confieso a mi mismo que ha estado lo más sereno, lo más “natural”. En toda la velada no ha vuelto a traicionarse.

El se despide primero y yo después. Carbone gana el corredor y no se da vuelta para ver otra vez a Aída, que está de pie, en la puerta de su sala, como una elegante figura decorativa.

—Carbone: usted está enamorado.

—Lagos: yo no estoy enamorado. Voy creyendo que Aída me conviene. Eso es todo. Además, me gusta. Y si me enamorase, se lo diría. Enamorarme... no sé cómo explicarle... quiero decir: sería un exceso de agrado, un poco de dulzura; pero nunca, ni la pasión volcánica, ni el ingenuo sentimentalismo, ni nada que contenga inquietud, dolor. Para mí, amor y dolor se excluyen. Supongamos que esté enamorado: la primera pena, la primera angustia, matan mi amor. Además, amor es confianza y fe; no deben existir dudas, suposiciones, temores... Bueno, nos estamos metiendo en filosofías... ¿Una partida, vamos?

Carbone es un hombre fuerte.

* *

*

Es sábado. Vamos con ellas al teatro.

En Carbone, igual conducta: discreta, natural.

Ella parece encantada. Ella lo ama. Lo veo en cuatro o cinco detalles. Ahora, dentro del automóvil, la penumbra me permite observar impunemente. ¡Con qué contento interior ella lo mira, lo gusta, lo paladea como la miel, con sus pupilas abiertas!... Sí; ello lo ama. el también la ama. Al bajar del automóvil, sin embargo, Carbone, se traiciona otra vez, y precisamente por pretender no traicionarse. Me deja graciosamente ofrecerle yo la mano a las damas para saltar al suelo.

Las conducimos al palco. Nos sentamos.

¡Qué ganas tengo de llamarle al pasillo y decirle... Lo natural sería que él oyese la música y atendiese el desarrollo del argumento, completamente olvidado de sus acompañantes, Toda vez que concurrió conmigo a los teatros, se abstraía completamente, y excepto alguna que otra observación breve, jamás construía conmigo un diálogo. Ahora, inicia la charla, la mantiene, y no atiende la escena.

El tercer acto. Termina el tercer acto. Y la función. Y salimos.

Corre el automóvil por Lima hacia el Sud.

—Me pareció injusta la conducta de la princesa, al negarle un beso al aventurero, en el tercer acto
—dije yo.

E inventé una trama. Nadie contradecía mis fantasías. Me explico la actitud de la madre: el sueño, acaso; o el cansancio. Y me explico también la conducta de Aída y de Carbone, escuchando en silencio, sin contradecirme, sin protestar, mi relación del tercer acto.

Carbone, por cortesía, asiente a mis críticas:

—Si, el aventurero búlgaro debía insistir.

¿Insistir, el aventurero, insistir en el tercer acto, si había muerto en el primero?

* *

*

Hacia una semana que no veía a Carbone. Una tarde me habla por teléfono.

—Su actitud es un agravio para mí. Venga; es su casa...

¿Para qué ir?

—Venga; le contaré cómo marcha mi “asunto” con Aída...

¿Por qué continúa siendo así? ¿por qué no dice “amor” en vez de “asunto”?

—Lo más bien; me conviene desde todo punto de vista...

¡Ya! ¡La eterna interpretación materialista! ¡Le

conviene! Lo que hay es que la ama...

—Pero hay cosas que no se pueden gritar por teléfono. Venga, Lagos, una noche de estas. Que no sea lunes, miércoles ni viernes.

¡Ya, protocolizar el amor!... ¡eso no es “na-tu-ral”...

V

De haber sido **Estevez**, por ejemplo, el hombre, yo hubiese encontrado en seguida la palabra de consuelo. **Estevez** es así; sentimental, sensible. Y conociéndole así, y siendo yo también así, inmediatamente, instantáneamente, hubiésemos comprendido la situación, el momento. Yo hubiese encontrado en seguida la palabra confortadora; él hubiese encontrado en seguida la palabra bondadosa, de consuelo, de paz...

Pero con Carbone yo estaba siempre en una actitud defensiva, de desconfianza. Carbone era anti-imaginativo, anti-sentimental. Era un racionalista de la extrema izquierda. Era bueno, pero era así. Más de una vez, y de dos, me sentí profundamente herido por sus burlas e ironías sobre los sentimientos. Yo, para defenderme en mis sentimientos, procuraba callarlos.

Por eso aquella noche me desconcerté en el primer momento y no sabía qué decir, no sabía qué hacer... No encontraba palabras...

Que Aída había desaparecido, sabíalo ya. Ellas se habían mudado a Belgrano. Carbone y Aída continuaban sus relaciones. Se veían muchas tardes. Una vez, habían entrado a un cine. Ella estaba “todavía” enamorada de Carbone, porque... ¡eso es sabe bién, sobre todo dentro de un cine! Salieron; él la acompañó, como siempre, hasta la esquina. esperaron el tranvía, y cuando éste llegó, embarcó ella. Acababan de citarse para el martes inmediato. Bueno: Carbone no la **vió** más. Así: no la **vió** más. Escribió cartas que no fueron contestadas. Estuvo en Belgrano; conversó con la madre de ella dos o tres veces. Aída nunca estaba en casa. Un día esperó largas horas, pero inútilmente, ese día, seguramente, Aída no había salido. Golpeó el llamador: “Aída no estaba en casa”. Otro día se armó de audacia y confesó con la madre; ésta “no sabía nada de las cosas de Aída”.

Inútil, todo inútil. No la **vió** más.

¿Qué gesto, qué palabra, qué ida, qué cosa, ¡qué!, de Carbone, provocó el eléctrico e inusitado desafecto de Aída?

Todo esto me lo había contado Carbone, una

noche que lo encontrara por azar. Habló con cierta tranquilidad — un poco forzada, acaso, — matizando la relación de los hechos con consideraciones muy suyas.

—La conducta imprevista, inexplicable, de Aída... no me lo explico. ¿Dejo de quererme de golpe, de un día para otro? Esto es... inexplicable... Yo no sé... realmente... la última vez que nos vimos, Aída estuvo conmigo dulce como en los mejores días... Yo no sé... Tenía moditos especiales... Fíjese, un detalle de la última vez: estábamos en el cine, muy próximos, y ella, Aída, me dice con mucha dulzura: “Dios es muy bueno con Aída”. Yo, halagado, claro está, le pregunto por qué, y ella contesta: “por lo que estás pensando...”

Carbone hablaba serenamente.

—Claro, esto afecta, esto duele, porque yo la quería. Y la quiero, todavía. Pero... yo creo que en mí, lo que sufre es mi vanidad, mi orgullo de hombre, ni orgullo menospreciado. Si, es cuestión de vanidad. Y es ridículo que nos gobiernen sentimientos mezquinos, inferiores, como la vanidad. Acaso parezco un poco triste. No es así, créame, Lagos. Olvidaré esto en unos días más. No es que sufra de amor, nó, de ningún modo; es, simplemente, lo raro del caso, eso es, lo curioso del caso, y por

haberme sucedido precisamente a mí. Eso es... por eso me preocupa un poco... es un caso curioso... La mujer es un jeroglífico.

—Si; el amor es un jeroglífico indescifrable...

Al separarnos, Carbone me había tendido su mano, sonriendo:

—Adiós, y no me ofenda creyéndome víctima estúpida de la flecha de Cupido... ¿eh?... Adiós... pase por casa...

Bueno, estos eran los antecedentes que yo conocía ya, aquella noche en que se presentó Carbone en mi casa.

Eran las diez, pasadas. Yo leía un libro de Soffici, hundido en mi sillón.

Entra Carbone.

—¡Hola!

Pero estaba triste.

Y de repente se echa a llorar, como un chico...

Se deja caer en una silla... Yo me quedé frío. Sospeché alguna desgracia...

—¿Qué le sucede, Carbone?

—¡No puedo más, Lagos, ya no puedo más! ¡Me estuve conteniendo hasta ahora... pero se acabó... no puedo más... déjeme llorar... No podía contar a nadie esto que me pasa... ¡Este pudor de nuestros afectos!...

—Y casi en mis brazos, Camilo Carbone, médico materialista, razonador, ironista, hombre fuerte, lloró largamente, como un chico, por una mujer como hay tantas en el mundo...

ELVIRA

I

Primeramente tuvo que hacer frente a una delegación de antiguos “correligionarios”. Les sonrió e incluso intervino en la plática con monosílabos y con gestos de conformidad. Pero no estaba “pensando en otra cosa” cuando hablaba con ellos, nó. Todavía no se había decidido su “destino”, y no se hubiera explicado en él una preocupación absorbente y anuladora cuando aún existía una esperanza. La entrevista con los viejos políticos había sido delicada y hasta regocijante. Pedían, sencillamente, que él, Lucio, secretario del gobernador, explicara a éste, la conveniencia de “sacar” diputado por Sunchales a Rosetti; pero no tan clara y sencilla era la curiosa derivación de este petitorio: si se impo-

nía a Rosetti, eliminábase de hecho la candidatura de Pedrito.

—Pedro Ortiz tiene que salir diputado —había-le dicho dos y tres veces el gobernador. Y este empeño en favor de un muchacho de 27 años de edad provocó la reacción de los caudillos.

—Para ganar en Sunchales, hay que cambiar al comisario y al inspector de agua, pero principalmente hay que traspasar ochenta electores de Plátanos —decía el senador López:

Y el caudillo de General Rodríguez, Don Paulo, insistía en la necesidad férrea de imponer la candidatura de Rosetti.

—Rosetti vale 300 votos y 2 electores. Y tiene méritos y sacrificios.

—Rosetti conoce, uno por uno, a todos los habitantes de Sunchales.

—Y es mala táctica mandar un desconocido a un departamento inseguro.

Después, las palabras del Gobernador:

—Vea, Lucio, no hay nada que hacer. Hay que imponer a Pedro Ortiz. Cuando comprendan que ha de ser así, se conformarán todos; ya verá.

¿Por qué este empeño tenaz del Gobernador? Pedro Ortiz, políticamente, no era un valor ni pesaba nada. Era un muchacho discreto, que había esta-

do varios años en Buenos Aires. La simpatía del Gobernador, incomprendible para Lucio, levantaba a Pedro y lo adelantaba.

—Doctor, en su despacho está don Carlos.

¡Cómo se apresuró Lucio!

Efectivamente: en su despacho estaba Elvira con su padre. Don Carlos era un amable tipo de criollo antiguo, franco y alegre, lleno de graciosos recuerdos y de modismos antiguos.

—En mis tiempos, cuando yo era joven, el Gobernador se aburría como un pavo sin comida en la Casa de Gobierno. Cuando queríamos verlo, si era en verano, lo vichábamos desde la esquina cuando salía a la puerta de calle a tomar mate, y así, como quien no quiere la cosa, “¿Cómo está don Pancho?” o don Luis. Y le contábamos derecho viejo lo que queríamos. ¡Pero qué! ¡Si era el mismo gobernador que nos veía venir. “¿Qué **querís**, Juan?” Hoy, en cambio, ¡las vueltas que hay que dar para ver al señor Gobernador!

—Es el progreso, papá.

—¿Y para qué trabajar tanto? ¡Si no hace falta! El pueblo más feliz es aquel que tiene menos gobierno y menos leyes.

Lucio consiguió en seguida audiencia para don Carlos.

Solos, Lucio y Elvira, en el despacho en penumbra. Cuatro ex gobernadores, pintados con desborde de detalles, se diluían en la oscuridad de las paredes. La alfombra apagaba los pasos.

—Pero, ¿el padre se olvidó de la hija?

—¿Como se olvida una cosa, la boquilla, por ejemplo?

Lucio estaba ya habituándose a respuestas agresivas.

—¡Perdón! Es que yo no soy precisamente un hombre gracioso. Eso mismo que yo acabo de decir, acaso en labios de otro hombre hubiese suscitado en usted un comentario menos agresivo. Disculpe.

—Está disculpado, Pero, ¿dónde aguardo yo a mi padre?

—Pues aquí. Para mi será una dicha, aunque para usted sea molesta mi compañía.

—¡Oh, no comience a lamentarse!

—Tiene razón. Pero ya sabe: el hombre enamorado...

—¿Su amor a mí? Dígalo francamente, “derecho viejo”, como dice papá. O no lo diga de ningún modo. Yo no puedo verle a Vd. en un salón, en la plaza, en este despacho, en ninguna parte, sin tener que **oirle** a Vd. siempre la misma sonata... y

sobre las mismas teclas...

—Es verdad...

—Y todo porque Vd. no quiere comprender que una puede ser naturalmente amable sin que eso indique otra cosa que amabilidad. Yo debía hacerme agresiva con Vd. para obligarlo a cambiar el disco.

—¡Ah, **nó!** ¿Por qué agresiva? Yo soy gentil con Vd. y si Vd. se pone agresiva y punzante, ¿cómo lo justificaría? Sería una crueldad incalificable. Y sería paradójal que Vd. fuera agresiva y belicosa precisamente con la persona que más simpatía siente hacia Vd.

—¿Se refiere Vd. a mi padre?

—¿Otra vez dije una tontería? No me refería a su padre, sino a mí. Me habré expresado mal. Quise decir que sería un contrasentido que Vd. mostrara rencor precisamente contra las personas que la quieren... su padre... yo...

Ella estaba ahora sentada, hundida, en un ancho y bajo sillón. Tenía cruzada las piernas y esa postura era un desafío al otro sexo. Hundida en el sillón, parecía que las rodillas iban a tocarse con la barbilla, como en ciertos iconos asiáticos. Cuando hablaba, no solía mirarlo al secretario del Gobernador. Este, en cambio, echaba encima de ella su

mirada totalizadora como una lluvia. O le flechaba las piernas.

—Si, si, si, —concedía ella— pero es que a veces, por falta de tacto, la gentileza de los otros se transforma en algo que desagrada. Si se conformara Vd. con conducirse nada más que amablemente conmigo... pero usted exagera, y entonces yo siento la amenaza constante de una declaración amorosa... Es delicada la situación de una mujer que debe decir que no. Prefiere, ya que no puede decir si, no tener que decir no. Y en ciertos ambientes, esto se comprende, se adivina. Y Vd. no lo entiende.

Ahora él se paseaba por el despacho, intimidado frente a esa mujer que le vencía en agilidad mental y que francamente le desafiaba, hablando naturalmente y dueña de si, del sentimiento que a Lucio le hacía temblar y sonrojar cuando quería traducirlo en palabras. Hasta que ella dijo una frase que hizo hervir a Lucio.

—¡Si lo que van a querer a Vd. así como es!

—Pues yo no sé qué palabras decir para satisfacerla o por lo menos dejarla indiferente. Media palabra mía, dicha con toda ingenuidad, con toda simpatía, provoca en Vd. una violenta reacción contra mí. Tendrá Vd. razón, pero yo soy tan inocente y tan torpe que no veo en ninguna parte esa

malicia que enciende su rencor. Soy torpe. lo sé; y sin embargo, acaso no sea así. Lo que hay, decididamente, es que Vd. no me quiere. La misma conducta mía de **recien**, con las mismas palabras, con los mismos gestos, con la misma humedad en la voz, pero frente a una mujer que me quisiera un poquitito, arrancarías, no ya una sonrisa de complacencia, sino el alborozo primaveral de su corazón. Eso es lo que hay. Yo siempre he sido así, y a otras mujeres, empleando el mismo lenguaje, las he enamorado. Y ninguna mujer, de las que he querido, de las que me quisieron, ninguna mujer, nunca, me reprochó mi torpeza. La mujer que ama encuentra siempre en las palabras del hombre, de su hombre, encanto y gracia. Solamente un espíritu enemigo, belicoso y agresivo, ante un hombre arrastrado como una oruga a sus pies, puede irle enumerando implacablemente las infinitas torpezas que acaso no haya cometido.

—Yo lamento esta salida de tono de Vd.

—Y yo no la lamento. ¿No me quiere? Lo siento mucho; y no la molestaré más, se lo juro, con cargosas insinuaciones. Hasta ahora, frente a Vd. yo me intimidaba y empequeñecía, porque yo mismo la había elevado a Vd. a la categoría de Diosa, siendo, sencillamente, una mujer.

—Como cualquiera...

—**Nó**, diferente; más hermosa que muchas, pero menos piadosa que mi madre menos buena que algunas mujeres que tampoco me amaron. El hombre a quien Vd. amaré, dirá a Vd. cosas huecas, vacías, y Vd. sonreirá, y pensará: “¡Pero qué gracioso es mi novio!”

Ella se había puesto de pie. Después, despreciativamente, le **dió** las espaldas y comenzó a mirar los entorchados numerosos y amontonados de un general retratado al detalle. El se quedó serio y cortado un momento. Acaso él esperaba una reacción más violenta, hasta un incidente, o una agresión con palabras irreparables. El silencio de ella le hizo creer que podía elevar el tono de su desahogo; y en otro sentido, que aún no estaba perdido todo y acaso... acaso... ¡quién sabe!... podría ser...

—También es verdad que... en fin... ¡todavía no me dijo que **nó** de un modo definitivo y brutal! Estoy nervioso, y estoy temblando, se lo confieso; y quisiera salir de esta situación. Si no me quiere decir sí, dígame que **nó**. ¡Dígame **nó**, por favor, dígame que **nó**! ¡Dígame la palabra que sea mi liberación!

Ella, en silencio, frente a los entorchados del general. El, a sus espaldas; y su voz, sus palabras

golpeaban los oídos de ella como moneditas sobre mármol, con tintineante temblor.

—Los hombres, —y las mujeres también,— cuando aman, cultivan su amor, —y su esperanza si esperan;— pero en cuanto saben perfectamente que no será posible el amor que los enloquece, entonces buscan y encuentran la solución liberadora. O matan, o se matan, o se desesperan, o... se van a otra mujer. Yo no puedo más continuar en este estado de indecisión; prefiero, ya, la solución, cualquiera. Al fin y al cabo, ya estoy conformado a su negativa. Dígame que no, y ya está, Elvira. ¡Elvira, dígame que no!

Tan encima de ella y tan sobre ella cayeron estas últimas palabras, que se **dió** vuelta inopinadamente.

—¿Eh?

Se sintió Lucio vencido. Tuvo miedo de perder definitivamente esa carita de mujer que le turbaba.

—No, nada. No me diga nada.

Se alejó unos pasos de ella. Derrotado, sentimentalmente andrajoso y miserable, se sentó en su escritorio. Sin saber conscientemente qué hacía, tomó la lapicera, y comenzó a borrar. No la miraba. De repente le mordió nuevamente el deseo morboso de **oir**la a ella el monosílabo desastroso;

ahora deseaba que ella le dijera que no. Deseaba, deseaba el golpe de gracia. Su razón no lo necesitaba, pero su corazón, sí.

—¡Por piedad, Elvira, dígame que no, que no me quiere! ¡Dígame que no!

Ella, lentamente, con una expresión equívoca en el semblante, movió la cabeza expresando el no exigido; pero sus labios no pudieron dar salida al monosílabo.

—De todos modos —balbuceó él, como para sí mismo— es una liberación.

El gobernador, al entrar con don Carlos, los había visto alejados, silenciosos, nerviosos e incómodos. Cuando Elvira se retiró con su padre, el gobernador se plantó delante de su secretario y le miró enérgicamente. Después le invitó a sentarse.

—Cuénteme.

El tuvo que empezar a referir.

—¡Pero qué fea sonrisa tiene usted! —interrumpióle.— A veces uno ama de veras ¡qué embromar!, y entonces es triste ver que podríamos ser felices, y que no lo somos sencillamente porque

a ella se le ocurre negarse. Dígame la verdad: ¿lo tiene loco ella? ¿O es solamente un amorío más?...

—No sé... Por momentos... ¡No sé!

—Habrá que esperar, para saberlo. Y su negativa, ¿ha sido rotunda, tibia, o... una negativa de espera?

—¡Oh, eso sí: rotunda; con la cabeza hizo así!...

—Sin embargo, el no definitivo, inapelable, es el desprecio, la lástima. Cuando una mujer no nos quiere, lo “sentimos” adentro. Las palabras no quieren decir mucho. ¿Usted siente que ella no lo quiere?

Ahora el gobernador se levantó.

—Vea, Lucio: si usted la quiere mucho, mucho, tanto que hasta lloró por ella —(¿ella lo hizo llorar?)— entonces... tómela por asalto si no hay otro modo de ganar. En la vida hay que triunfar, y no importan los medios. Otra vez que se queden solos, ella y usted, solos, usted cierra con llave la puerta, ¿me entiende?, y la compromete.

—¡Eso no! ¡Yo no podría!

—Y la besa a la fuerza.

Las palabras del gobernador le preocuparon más que el precedente suceso de Elvira. Lógicamente debía primar en su mente el rechazo de Elvira, pero la verdad es que los consejos del viejo

y hábil y enérgico político triunfador en equívocas batallas electorales y financieras, lo inquietaron intensamente. Pasaba Elvira a segundo plano para dejar sitio a la figura del gobernador, rebotante de fuerza, y el éxito en el puño y en los ojos, ya sus pies todo un partido y todo un pueblo y toda una provincia.

Pensaba, en seguida, cumplir frente a Elvira conductas enérgicas, brutales; y emplear métodos de barón feudal. Pero después recordaba que también se vencía en la vida unos tortuosos y felinos modos aceitados y traidores. ¿Qué hacer, qué hacer? Perdida por perdida —pensó,— me dejaré llevar de mi temperamento y aprovecharé cualquier ocasión; ya la ocasión brutal e insólita de encerrarme con ella en mi despacho; ya toda ocasión hipócrita de mostrarme rencoroso yo también.

Aunque no fuese una solución amable ni satisfactoria ni menos un consuelo, se sintió algo aliviado de un peso doloroso, y pudo tomar más expedientes y enterarse de su contenido. En la vida sucede así muchas veces. Una auténtica preocupación, un dolor genuino e intenso, no impide a uno dedicarse con interés a cosas normales de la vida exterior. A lo mejor, eso depende de la hora y del

lugar. Acaso si el rechazo de Elvira hubiese sido a otra hora y en otro sitio, o acaso si Lucio inmediatamente después se hubiese encontrado por ejemplo sentado a las dos de la mañana en un café, habría continuado pensando en ella; habría salido a la calle; habría caminado por esas calles de Dios, con la obsesión de Elvira delante de los ojos, dentro de su pecho, y en el suelo, y en el cielo, hasta emborracharse de ella y desprenderse del mundo material.

Otra vez el gobernador. Venía a ordenarle que llenara las boletas de pasajes oficiales para Pedro Ortiz que debía ir a Sunchales para que le conocieran, y esto hizo comentarse por segunda vez el petitorio de los viejos amigos políticos que pedían la candidatura de Rosetti.

¿Por qué, para qué, protegía tanto el gobernador a Pedro? Se conducía como un padre.

II

Con levantar la vista se tropezaba con el Cerro de la Gloria; allá, al fondo, las montañas altas, ásperas, duras, pesadas, que daban, en grande, la impresión de una tapia. Detrás de esas montañas

se iba hundiendo el sol, recogiendo sus rayos y ovillándolos como se haría con multitud de hilos de barriletes. Cuando el sol iba bajándose, solía levantarse una brisa casi fría, aún en verano. Las gentes iban a pasear al Parque a esas horas.

—¡Unos minutos más!

Un momentito faltaba para terminar la partida de tennis. Después tomarían el te y en seguida, tras el cambio de traje, irían al Parque.

Carlos y su novia María Luisa iban ganando a Tina y Pedro. Servían el lindo y ágil espectáculo para fiesta de sus cuerpos y para regalo de los espectadores: Lucio, Elvira, Doña Rosa, la madre de Pedro...

—¡Ganaron!

Habían ganado Carlos y María Luisa. Los jugadores regresaron contentos y sudados.

Con barullo de manos y ruido de tazas y embrollo de palabras, tomaron todos el te.

Doña Rosa, la madre de Pedro, había advertido en su hijo una cierta frialdad o acaso preocupación.

—¡También, con el compañero que me ha tocado! ¡Más agrio que un limón, hoy! —justificaba Tina su derrota.

Doña Rosa Galán de Ortiz era dama de calidad

y de histórico abolengo, entroncada con don Juan Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos. Ya la raza había pulido e intelectualizado. Doña Rosa tenía una expresión grave, noble, altiva, aristocrática. Su generación ya no había hecho vida de campamento; no había tenido que convivir con gentes de impulsos primarios y rápidos.

—¡No se le escapa pelota a metro y medio, o a dos!

A lo cual contestó María Luisa.

—Gracias; pero los desafiamos a... a usted y a Elvira.

—¡Perdemos, perdemos, —dijo Elvira.

Y Lucio:

—Si con el partido conquistara un premio, por ejemplo: un gran amor, ¡ganamos, ganamos!

Pedro no quiso ir al Parque; se retiró a su habitación.

Doña Rosa no se explicaba la conducta de su hijo. ¿No tendría su razón en algo referente a la candidatura a diputado?

Lucio contestó que el gobernador estaba decidido en ese asunto. Sin embargo, antes solía Pedro contar todos los detallitos minúsculos de sus entrevistas con el gobernador. Ayer había estado en su despacho y no dijo palabra. ¿Por qué?

Después doña Rosa contó cómo había conocido en su juventud al actual gobernador.

De jóvenes, habían hecho cabalgatas a Puen- te de Inca y además se habían encontrado en los grandes bailes los 25 de Mayo y los 9 de Julio. Era muy amable, aunque un tanto impulsivo. No quiso ella decir rencoroso, pero así la entendían Elvira y Lucio. Quería decir ella enérgico y nervioso y capaz de salirse siempre con la suya.

—Eso sí —afirmó Lucio.— Cuando se pone una idea en la cabeza, no hay quien pueda quitársela.

—Es que antes de agarrar una idea y ponerse- la dentro de la cabeza —arguyó Elvira hablando presionada por el lenguaje gráfico de su padre— habrá pensado mucho, y lo habrá hecho después de descubrir y de convencerse de que no se la podrían quitar. Energía razonada llama papá a estas cosas.

Doña Rosa salió; la impulsó el deseo de ver a su hijo. Quedaron solos Lucio y Elvira.

—¿Quiere que le dé una excelente noticia? ¡He renunciado a su amor!

Ella, sorprendida, asombrada. ¡Oh! Y en seguida defensiva:

—No se renuncia lo que no se posee.

—Quiero decir: a mi amor hacia usted.

Y tras una pausa:

—Confesaré que todavía me gusta y la quiero. Pero, como he resuelto olvidarla y dejar de que- rerla, conseguiré por fin lo que quiero. Y no crea que es fácil olvidar a una mujer hermosa que hizo impresión en uno.

—¡Gracias!

Ella no sabía aun si era sarcasmo o cinismo.

—Es trabajo fuerte, duro, constante.

—¿No le ocasionará algún desfallecimiento ner- vioso?

—No; voy con método. Si quisiera olvidarla en un día, fracasaría en la empresa. Ah, no; la voy olvi- dando con método, “científicamente”.

—¿Cómo será eso? Explíquese.

—¿Usted me autoriza absolutamente?

—Soy curiosa.

—¿Usted me autoriza?

—Sería divertido saber qué es eso de olvidar con método y científicamente.

—¿Usted me autoriza?

—¡Sí, señor, sí, lo autorizo!

—Bien; bueno; superior. ¿Me permite un parén- tesis? Usted acaba de enojarse... un poquitito... Perdóneme usted el primer triunfo evidente de mi método.

—¡Bah! También hoy me enoje con Consuelo, que no había puesto agua al canario... Y Consuelo no usa “métodos científicos”.

—ES que ahora soy yo el impasible y el frío y el permanente dueño de sí mismo y acaso de la situación. Antes, era yo el que se emocionaba y sufría; ahora es usted...

—Yo no estoy emocionada, doctor. Como soy mujer, y curiosa, tengo impaciencia por conocer eso que dice usted método para olvidar...

—Bien. En vez de ponerme sentimental y llorón, pensándolo bien, me dije: ¿pero es tan hermosa Elvira? ¿No tendrá sus defectos físicos y espirituales?

—¿No será ese método científico para transformar a un caballero en peón de fundo?

—Manos blancas no ofenden. Pensándolo bien, admití la posibilidad de que acaso en mi dulce amada hubiese... gestos... desagradables... antipoéticos... Para ir olvidándola, me la imaginé a usted... escupiéndola... por ejemplo... así...

Lucio escupió con ronco ruido en la cavidad bucal y un golpecito seco en el piso.

—¡Es usted el colmo de la grosería!

Pretendió irse de la habitación, pero la detuvo el pensamiento de que era igualmente una grose-

ría provocar o ser parte en un incidente en casa ajena; y esta idea la detendrá en seguida dos y tres veces más, para no mostrar a doña Rosa que en su casa pudiera encontrarse mal o incómoda.

—¿Nunca ha escupido usted, Elvira?

—¡Un grosero, y un cobarde que ofende a una mujer!

—¿Cómo puedo ofenderla si todavía la amo? Entre paréntesis: anoto el segundo triunfo: yo conservo la sangre fría y usted la va perdiendo... Además, usted me pidió que le explicase mi método, y en seguida me autorizó absolutamente...

—Tiene razón; ahora ya no deseo que me diga más nada.

—Perfectamente. Somos, entonces, dos personas de la sociedad. Yo, como caballero, debo hablar con usted de cosas frívolas. ¡Qué curioso! Hace dos días que Pedro se muestra esquivo con Tina y en estos dos días Tina está más triste, pero Tina juega mejor al tennis, y Tina gana —menos hoy, que perdió.— El amor tiene cosas curiosas. Uno ama, por ejemplo, y no es correspondido; y en vez de suicidarse o de asesinarla, resuelve tomar las cosas más serenamente, hasta si se quiere alegremente, y entonces le reprochan que quiera defender su vida. ¡Es curioso el amor! Yo conozco el caso de una hermo...

Ella estaba cerca de la ventana y miraba el paisaje exterior lleno en su primer plano de enormes, gigantescos álamos carolinios. Pero estaba nerviosa, y percibía las palabras de su enemigo, una a una, claras, nítidas, en su modulación sonora y en su significado íntimo.

—...una hermosísima mujer que se había habituado a que un hombre, cada vez que la veía sola, se le declaraba. Bueno: el día en que ese hombre no se le declaró ni se echó a sus pies, ese día, esa mujer comenzó a estimarlo... y acaso a quererlo...

Ella sintió un ímpetu; quiso contestar algo. No pudo. El seguía hablando con cierta facilidad y algún dominio de sí mismo. Sin embargo, ¿hasta dónde era dueño de sí mismo? El en ciertos momentos sentía vacilar, temblar, su voluntad. Pensaba que bien podía en algún instante reconquistar su seriedad sentimental y acabar echándose a llorar como un chico frente a ella. Pero le sostenía un pensamiento que había adquirido casi la forma verbal: “Si me hace un chiste, la pierdo”.

—¡Eh, el amor! A veces la mala educación o el orgullo matan el amor. Por ejemplo: yo conozco a una mujer que por amor propio no quiere mostrar su amor a un hombre.

—No le conocía este matiz irónico...

—Gracias. Es que he sujetado mi temperamento a mi carácter. Es decir: yo pienso que conviene olvidar a cierta mujer —que bien podría ser usted; y que es usted— y entonces obligo a mi corazón a que de a pedacitos la vaya olvidando...

—Tiene usted razón. Es mejor tomar las cosas a broma.

—¡Ah, yo llegué tarde a este convencimiento! De hoy en adelante, ¡nada de amor triste! Pero, ¡qué digo de amor triste! Toda clase de amor es fundamentalmente triste. ¡Nada de amar románticamente! ¡No ame nunca, Elvira, nunca!

—¿Qué mosca le ha picado hoy?

—La sabiduría, fuente de consuelos. Tan es así, tan es verdad que procura consuelos, que ya he dejado de quererla a usted un treinta por ciento.

—Cualquiera diría que tiene usted mi obsesión. Yo soy su obsesión.

—¡Pero si yo no lo niego. Lo que digo es que dentro de cinco días usted me será completamente indiferente. En seguida, como a mi edad no se puede estar con el corazón desalquilado, se lo ofreceré a... no sé a quién todavía. Pero ya no haré el amor romántico. Hablaré en hombre de negocios. Le expondré mis valores, mis méritos, mis ventajas: bienes, tales, sueldo, tanto, carrera, tal,

perspectivas, tales; buen mozo, joven, tirando a alegre...

—¡Sí, sí, sí, alegre usted! ¡Usted es un hombre profundamente triste! El sarcasmo es una reacción de hombres tristes.

—Continúo imperturbablemente y siempre dueño de mí mismo: tirando a alegre; un poco escéptico, un poco cínico, un poco impasible. ¡Un hombre capaz de entretenerla a usted durante toda su vida! Quiero decir: eso diré a la mujer que elegiré la semana entrante. ¿Ha visto, Elvira, cómo le soy a usted más interesante ahora que no le hago el amor que cuando caía a sus pies llorando y arrugado?

—Puede envanecerse: es verdad. Así: rencoroso, sarcástico y herido... es otro hombre. Por lo menos, ha variado la forma de declararse. Ahora se me declara usted por baranda y de rechazo, como diría papá.

En eso regresaba doña Rosa. Pudo advertir en ellos algo incómodo y nervioso. Elvira acaso no resistiría ahora, con un testigo delante, las alusiones, indirectas y malicias de Lucia. Esto **fué** lo que no sospechó Lucio. Debió cambiar su lenguaje.

—Es que, señora, tenemos nosotros la vaga sospecha de que nos queremos...

—Reaccionó violentamente Elvira. Todo su amor propio, su orgullo, su vanidad, se aglomeró ásperamente en el brillo de sus ojos y en el timbre de su voz.

—¿Qué dice este hombre? ¡Aventurero, arrivista!

Eran los insultos diarios de la prensa opositora, que le recordaban sus orígenes humildes su rápida carrera política. Una reciente caricatura había ganado la unánime atención maliciosa y perversa de las gentes. Aparecía él, Lucio, dando el brazo a una mujer con trae de novia; detrás, su inminente suegro, un riquísimo bodeguero con una gruesa cadena sobre el hinchado vientre y una bolsita en la mano con el signo \$. En un rincón, el desnudo Cupido estaba alicaído. El dibujante había intitulado así: "La aventura idealista".

El padre de Elvira no tenía bodega, pero sí viñedos, y era riquísimo, y dueño de salinas en El Sosneado y de olivares en San Juan.

La escena casi descompone a doña Rosa. Sin embargo pudo con delicadeza evitar nuevas palabras. Acompañó a Lucio hasta la puerta de calle. Regresó.

—¿No me habías dicho vez pasada que te era simpático? ¿Qué sucedió?

Elvira callaba.

Habló doña Rosa largamente con palabras sencillas y puras. ¿Cómo no se confesaban los sentimientos y se mentían rencores? ¿Por qué no hacer el amor sencillamente, sin sospechas, sin malicias? ¿Por qué matar el amor, el amor de hombre a mujer, de mujer a hombre, para salvar el orgullo? Si ella lo quería, ¿qué le importaba que a él le calificasen de aventurero? Y, aunque fuese un arrivista, pero si ella lo amaba, ¿por qué dejarlo irse? Es ella la que perdía... Doña Rosa creía ver claramente el problema. El la amaba sinceramente. Ella lo amaba con desconfianzas. Y entonces el amor era rencoroso, combativo y beligerante. Elvira se sentía humillada al pensar que la amaban por el dinero de su padre...

Casi sin palabras, en silencio, Elvira **fué** asintiendo a esta interpretación. Y asintió también a la conclusión: después de tal insulto, tan irreparable como una muerte, se acabó todo. No podía ser ya ni siquiera una amistad fría, correcta.

Se acabó...

Salió de la casa, Elvira, con tan escasa voluntad de ser, de andar, de pensar, como un jarabe que cae...

Se acabó...

En el coche que la llevaba a su casa, Elvira sintió

que en la Vida ya no había nada que hacer, nada. La Vida, la Existencia, era un inacabable domingo sin nada que hacer y sin nada que esperar.

Nada.

Se

a

ca

bó...

ME LLAMO ALFONSO FERNÁNDEZ
Y SOY ESPAÑOL Y TENDERO

...compadecido de aquel pobre exclaustro-
do que prefería la Historia a la Leyenda, y
se mostraba curioso de un relato menos in-
teressante, menos ejemplar y menos bello que
mi invención. ¡Oh alada y riente mentira,
cuándo será que los hombres se convenzan de
la necesidad de tu triunfo!
(Se han desglosado estos párrafos de la pá-
gina 32 de "Sonata de Invierno", libro de
memorias que escribió el Marqués de Brado-
min para consuelo de la soledad de Don
Ramón, el hermano del boticario del pueblo).

UNO

—Papá, te presento al señor Alfonso...

—Fernández —interrumpí yo, extendiendo mi
brazo en el frío gesto consagrado; y añadí:

—Servidor.

El papá sonrió apenas y se iba calzando los guantes. Guantes marrón, piel de Suecia, número II. Pesos 18.90.

El papá. —¿Te has divertido?

La hija. —Mucho... y bien...

El papá. —De modo... que... ¿nos retiramos?...

YO

Adiós, señor... Señora... Señorita... etcétera.

Hice una prosopopéyica reverencia. Con el rabillo del ojo vigilaba la atención de las gentes y cuando descubrí que damas y caballeros estaban en el vestíbulo del teatro ocupados en colocarse los abrigos y en concertar citas ingenuas o eficaces, yo determiné entonces —pues mi conducta permanecería impune— extremar la reverencia por razones que ya me conocía, y pretendí hacer caer mi cabeza al ajedrezado suelo de mosaicos, pero la detuve a cierta altura, porque la conformación física rebelóse contra la galante voluntad de mis mozos años. Sin embargo, con el tronco curvado, la cabeza caída y el brazo extendido en cuya mano el sombrero tocaba casi el piso, realizaba bastante bien un gesto de pleitesía de galán enamorado y tonto.

DOS

Antes de proseguir, necesito dejar sentado como un axioma matemático, que conservo el corazón limpio de todo afecto. Y para quienes me pudieron ver aquella noche rendido de amor y quemándome en el fuego de sus ojos, confesaré honradamente que humo un momento, es verdad, —acaso duró apenas dos fracciones de minutos,— en que dudé de mi elegante impasibilidad sentimental, al encontrarme frente a la posibilidad de tropezar ¡por fin! con la mujer ensoñada, aquella mujer —¿rubia? ¿morena?— que después de Verlaine constituye un bonito motivo literario.

Pero inmediatamente me desprendí de tal perspectiva de afecto. Como quien vuelve de **lueños** tierras y, recién apeado, descubre su terno azul cubierto de polvo, procúrase la diligente atención de un criado que, cepillo en mano, vuelve a dejar el traje nuevamente azul y limpio, así yo me **ví** introducido en parecido menester: con dos dedos de ironía cogí el hilo que encontré adherido a mi corazón, y con un gesto agrio soplé, y el hilo —que en esta tan larga comparación significa la posibilidad de un afecto,— descendió y **fué** absorbido por el color del aire.

Esta confesión la creo necesaria porque en la vida diaria yo poso de muchacho intelectualista, rebelde a fáciles sentimentalismos, que califico de “baratos”, encogiéndome de hombros y diciendo: “pshé!...

Una vulgar aventura.
Empezó así:

TRES

Yo estaba reclinado contra una columna simulada en el pecho saliente de un palco bajo, mirando la urdimbre que fabricaban las parejas danzando, cuando pasa cerca de mi, ceñida a su compañero, una mujer morena, con el color del bronce de las estatuas. Una mujer interesante y hermosa. Una de esas caras morenas de labios sensuales y ojos maliciosos. Un poquitito menos linda, y hubiese sido una vulgar mulata —apetitoso plato para el carnicero del barrio.— La salvaba el discreto glóbulo de los pómulos, que si hubieran sido más salientes, hubiesen hecho una cara grosera y materialista.

Todas las morenas feas son feas por los pómulos: la sirvienta de casa, por ejemplo.

Pero esta del teatro era hermosa. Estaba vesti-

da con un fantástico traje de fantasía, mitad egipcio, mitad medioeval; llevaba tocada su cabeza con un capuchón altísimo, igual al que veía en un antiguo libro de Gustavo Doré, cuyas estampas musicalaban mi infancia.

ELLA

¿Qué hace usted ahí, tan pensativo?

YO

Me hago el interesante, Pierrot enharinado...

Ella se echó a reír y llevóse a rastras a su pobre compañero de danza. (No hay que decir: compañero de pieza. No basta ser correcto; hay que parecerlo, también).

Ahora tengo que hablar de mí.

Tengo treinta años de edad. Confieso todo ruborizado el haber sido empleado durante tres años; pero en mi descargo expongo tres circunstancias que me salvan: primero, era un empleo nacional; segundo, yo más dejaba de ir que iba y cuando iba más dejaba de trabajar que trabajaba y cuando trabajaba otro debía rehacer aquello; tercero, me echaron ¡juro que no renuncié! Después, una pequeña herencia me facilitó realizar una her-

mosa postura de escritor y de hombre honesto y orgulloso. Las amistades que tuve, los ambientes que frecuenté, los libros que leí, fueron modelando mi personalidad en una forma a la vez simple y alambicada que no es este el momento de examinar. En el curso de esta narración el lector me irá adivinando más o menos desafortunadamente. En toda ficción hay siempre autobiografía, y más la hay cuando desembozadamente el autor confiesa escribir sus propias memorias con los verídicos sucesos que amenizaron su vida.

Administro talmente mi legado, que vivo de rentas.

Soy alto, delgado, pálido y feo. Mi alta frente se prolonga sobre el cuero cabelludo en las dos comunes entradas laterales, arriba, y si una de ellas está disimulada porque le echo encima un montón de pelo, la otra, en cuyo fondo se inicia la raya, ostenta su brillo airosamente.

Soy feo. Voy a seguir hablando de mí. Soy feo. Es decir... Durante mucho tiempo estuve engañado, pero ahora he adquirido una dulce verdad —dulce como la compota de guinda— y es que, ¡según!... Para María Agustina, por ejemplo, yo era un estupendo prototipo del sexo fuerte. Para Alicia, en cambio...

—¡Adiós, Sansón!

Era al morena que me devolvía lo de “Pierrot”.

ELLA

¿Es su hora de tomar la medicina?

Yo amo el ascetismo desde un punto de vista literario; pero en la vida diaria soy regalado sibarita. Estaba bebiendo Kummel. Algún día haré el elogio del Kummel.

ELLA

¿Es su hora de tomar la medicina?

YO

¡Oh! no: vengo a comulgar.

Más tarde, otra vez, y en el salón.

ELLA

¿Estará cansado de bailar?

En la fábrica del ingenio que dicen que es la cabeza saltó un proyectil que allí mismo se perdió; no lo disparé por la boca en frases acertadas contra la dama para que no oyese su estúpido compañero. Ahora tampoco voy a decir qué palabras expresaban mi abortada respuesta. Siempre es interesante, cuando uno cuenta algo, dejar en la penumbra ciertos detalles y sugerir otros interesantes.

En alta voz, pues, nada contesté.

Acordé después presentarme a ella y aun danzar algo, poco, para no prodigarme. No es bueno nunca satisfacer del todo a la mujer. Una mujer que sabe todo de uno y obtiene todo de uno, no puede desear nada, pues está satisfecha. La mujer es un animal profundamente curioso y en permanente y encendida curiosidad. ¡Ay del hombre que se entrega de modo matemáticamente total! Ya no le interesa a ella. Es bueno sugerir siempre la existencia de algo extraño en uno, y darle eso, realidad trágica o fantástica ficción, por gotitas, como los jarabes... Y realizar sutiles modos de avivar su curiosidad. Cuando la mujer a quien contamos nuestra vida cree ya, por ejemplo, que uno había llegado a empuñar el revólver para suicidarse, decirle cosas así: *“y entonces yo resolví olvidarla. Y, en efecto, la olvidé. Pero...”*. Este “pero” es muy importante. Conviene usar estos peros que auguran nuevas incidencias acaso sabrosas, cuando una relación **fué** muy clara o ha llegado a su fin. Se satisface una curiosidad y se abre otra.

Claro está que mis juicios acerca del amor se dan de coces con los de Stendhal y los de Schopenhauer. La teoría de la cristalización del primero es muy bonita y la de la voluntad de la especie del

germano es científica y fría; ambas son graciosamente tontas. ¡Pobre Schopenhauer!

—¿Qué diablos de traje es el suyo? Parece egipcio, pero entonces se ignoraba el organdí lavado y el taffetas. Y el cuello Médicis, como lo indica su nombre... Por otra parte, ese capuchón o birrete...

—¿Entiende de telas?

Hay una manía de las grandezas y hay otra que es su contraria y que es la misma, pero al revés. La manía del genio, de los intelectuales, es la manía de las grandezas; y encontraríamos la contraria en algunos santos que se creían ¡los pobres! depósito de pecados y recipiente de infamias y bandeja de concupiscencias y en realidad eran buenas personas.

¿Habrá alguna voluptuosidad en una conducta semejante? Estrangular sueños y acumular trabajos, —con que se realiza la manía de las grandezas, pero al revés,— ¿procurará satisfacciones tan grandes como para sacrificarle una vida? Pero volvamos a los sucesos y a las gentes.

Yo debo confesar que mi respuesta a mi dama obedecía a la disciplina que cumplíamos ella y yo esa noche: decirnos cosas absurdas. Ella era morena y yo la había dicho: Pierrot enharinado. Yo soy largo, delgado y débil, y ella me **dió** el nombre de

un bíblico atleta. Había que continuar la farsa.

—¿Entiende de telas?

—Es mi profesión.

Por otra parte, la filosofía optimista consiste en eso: en creerse menos de lo que se es.

Todos los optimistas con quienes he tropezado me resultaron enérgicamente imbéciles. Hay que creerse menos de lo que se es de modo de agradecer lo que se es como si fuera un regalo gracioso de los dioses. Leí por ahí, en Epicuro o en Marco Aurelio... ¡Pero dejemos esto para no caer en el aburrido Jean Finot! ¡Mire usted que escribir un libro sobre la ciencia de la Felicidad!

—¿Entiende de telas?

—Es mi profesión.

Yo, en seguida, eché adentro una sonrisa. Arrepentime de las gracias que hice sobre el Kummel. Pero, también, puede darse un tendero con gracias finas. ¿Por qué no? Finas, “souples”, como el satín de China. Yo podía ser uno de esos...

—Hace siete años que estoy en la casa Olmos, en la Sección Sederías... Acaso alguna vez la haya visto a usted, porque su rostro no me es desconocido...

Primer error: debí mentar una casa más aristocrática: la casa Barrow, por ejemplo.

—No; papá tiene cuenta corriente en la casa Barrow.

¿No lo dije?

—Sin embargo, yo le recomendaría, para sedas, nuestra casa. (Noticia que el autor, echando por la borda el clásico y férreo precepto de Boileau, ofrece al lector más o menos aburrido ya: es común oír el posesivo en labios de los tenderos. Dicen siempre: “Nuestra” casa. Si esta mujer de la aventura es sutil e inteligente, debe convencerse inmediatamente de que soy tendero auténtico).

—Sin embargo, yo le recomendaría, para sedas, nuestra casa. Fíjese usted; vea usted... (yo era el que me veía ya con los brazos extendidos soportando sobre ellos una pieza de seda cuyos primeros metros caían como estandarte hacia el suelo. Estaríamos a la luz natural de la calle y el cielo; único modo de ver con exactitud el color de las telas y paños. He dicho telas y paños; éste y otros muy sutiles conocimientos de prendas femeninas, únicamente sabémoslos Lugones y yo. ¿He leído usted los versos de amor de Lugones?)

—Fíjese usted; vea usted; foulard lavable, fuerte, que en París se usa mucho para ropa interior; a... (¿cuánto le dije? ¡no recuerdo!) a... tanto el metro...

—Debe ser muy ordinario, entonces...

—No lo crea; sólo que es de una partida averiada. Y satín liberty de seda cramé, muy souple...

—Pero parece que vino usted al baile para hacer propaganda...

—Es verdad... “Pardon”. (Aquí coloqué con acierto el vocablo gabacho. Gabacho quiere decir, más o menos aproximadamente, francés).

—Es de lo único que entiendo...

—Es modesto usted!...

¡Pronto! ¿Qué conocimientos cursis existen?
¡Pronto!

—Conozco también un poco de francés y un poco de música. Toco el violín. Pero, otra vez “pardon”. Estoy hablando siempre de mí...

—Continúe...

—Pero no crea que, porque sea tendero, tenga la estrecha mentalidad y el menguado espíritu de mis compañeros de trabajo. (Esta frase me salió demasiado redonda y hasta artística. En la vida real no hablan así los tenderos. Los tenderos de las novelas, sí; y aún todos los personajes... Porque hay que ver con qué claridad se expresan los tipos de las novelas semanales, por ejemplo... que son arquetipos de cursilería. ¿El estilo es el hombre? Yo propondría esto: los personajes son el autor.

Algún día explicaré esto).

—Gracias por su compañía, señorita.

Ella debió **reir** de su cortapercales, que parecía un rentista o un empleado de banco.

Después... ¿quiso ella seguir burlándose de mí? Porque, al pasar con su estúpido compañero (¿qué estúpidos son los compañeros de una mujer que deseamos, verdad?), al pasar, me dijo:

—Le reservo el próximo one step. ¿Quiere?

Fuí al tocador; me peiné. Descargué un frasco, todo el frasco de agua colonia en la cabeza y en los pañuelos. — ¿Por qué no se dirá más “agua florida”? ¡Es tan lindo! — Después, a la señora que atendía el toilette le pedí un pañuelo de seda, verde, amarillo, rojo. No tenía. ¡Qué lástima!

—¿Señor, me permite? Estoy dentro de una extraña aventura y necesito un pañuelo de seda verde. Perdóneme usted, son esas cosas de faldas... Acaso me salvaría usted si me vendiese ese pañuelo... No sé cómo demostrarle la seriedad de mi pedido y el interés que me mueve...

El pañuelo de seda verde tenía bordadas unas iniciales: A. F. Ya está: me llamo Alfredo Freyre, como el novio de mi prima. ¡Alfredo Freyre, español y tendero! O **nó**. ¿No será mejor Alfonso? Alfonso es más español. Y F... Fernández. ¡Claro!

Me llamo Alfonso Fernández y estoy de español y de tenero.

—Soy señora, casada...

Yo saqué mi pañuelo verde y muy discretamente me limpié los labios. Después lo doblé cuidadosamente y lo hundí en el bolsillo dejando una punta visible. Y dí dos golpecitos para evitar la giba que hacía la prenda. Ella debió advertir mi insolente olor a agua colonia.

De repente me acuerdo que me había rectificado: era casada. ¿Casada? Acaso quería divertirse un poco conmigo y pensaba que podría hacerlo impunemente válida de su superioridad intelectual y dominio de la voluntad. Para prevenir mis ilusiones, para evitarlas acaso, me habría dicho que estaba casada.

¡Yo sentía unas ganas bárbaras de decirle por fin que me llamaba Alfonso Fernández!

—María Mercedes Carreras.

—¿Carreras? Es un apellido español. El mío también es muy español. Me llamo Alfonso Fernández. Bueno; es que también, yo soy español. De Jaén. Hablo como...

—¿Soltero?

—Nada, nunca. Una sola vez tuve una novia. Es la que me hizo el bordado del pañuelo; fíjese, estas

iniciales: A. F., Alfonso Fernández. Se llamaba Dolores, pero le decíamos Lola. Murió. ¡Pobre! Nuestro idilio duró tres meses. **Fué** mi único amor.

—...Y, sin ánimo de halagarle, usted puede exigirle una novia a la vida. ¡Yo le encuentro una, si quiere!

—¡Jamás me casaré con una mujer vulgar! ¡Nunca! Ni siquiera podré aguantar su sociedad! Yo tengo gustos muy refinados, superiores a mis posibilidades! Además, sin ser un hombre **instruido**, siempre estudio. Cuando oigo o encuentro una palabra cuyo significado ignoro, voy en seguida al diccionario. Y leo mucho.

—¿Qué lee?

—¡Y... novelas! ¿Usted lee las novelas de Josué Quesada? ¡Son tan lindas! “El hombre que se olvidó de besar el relicario” es una obra maestra. Termina así: “Y entonces, como expiación, se propuso Julio Raúl, todos los días, antes de tomar café con leche, besar, el relicario, es decir, el retrato de la desdichada Elena Eugenia”...

—...Y... amores... así... al margen... ¿Cómo decir?...

—Sí, comprendido... Perdón, señora; soy un hombre discreto. No hablo jamás de mis aventuras. Es una virtud de la que estoy orgulloso como de un título de nobleza...

—Eso está bien.

—Lo que siento, **fué** un engaño, últimamente. Una señora, cuyo nombre jamás saldrá de mis labios, se enamoró de mí. Hubo unas citas, a las cuales yo concurrí ingenuo y enamorado. **Fué**, el de ella, un amor falaz y descreído. ¡Sí, falaz y descreído! Porque empezó ella a sondear en mí... ¡Oh, **fuí** víctima de una atroz comedia! Ella quería que yo le despachase por ejemplo diez metros de “charmeusse” y anotase en la boleta de pago, solamente dos metros. ¡Ah, pero mi venganza **fué** sutil como un artista del tiempo de César Borgia! “Señora, le dije, si sus intenciones son obtener economías, le doy un método: siempre que venga a comprar, procure estar enojada o nerviosa. Las mejores compras las hacen las personas indignadas por algo”. ¡Y yo que pongo tanto corazón en las cosas! Soy un poco sentimental y sufrí mucho la desilusión, pero soy fuerte de ánimo.

—¿Quién era esa señora?

—Perdón, soy un caballero. ¡Jamás diré su nombre!

—¡Está muy bien eso!

Ella oprimía mi brazo. Este es un detalle muy importante. Hay maneras y maneras de oprimir. Yo advertir que en ella había un poco de deseo

por mí. ¿Qué es el amor, en definitiva? El sentido de la especie. ¿Qué quiere la especie? Perpetuarse. La especie, entonces, hace que un ser apetezca del otro. Este deseo es recíproco. Bajemos de Schopenhauer a la calle. ¿No nos sucede a nosotros, los hombres, ¡tantas veces!, hacerle la corte a muchachas humildes, — vendedoras, corseteras, incluso criadas, — únicamente por su hermoso y tentador cuerpecito joven? Ellas son ignorantes, ridículas, ingenuas; pero nosotros no vamos tras su espíritu ni tras su inteligencia; vamos por su cuerpo. A las mujeres inteligentes y finas debe sucederles lo mismo: esa noche María Mercedes **vió** en mí a un buen mozo, a un “hombre”, de gallarda apostura, ¡y entonces deseó mi carne! Y la deseó con más ardor cuando advirtió que yo era inferior a ella, y muy discreto, ¡todo un caballero! La caballerosidad sale a relucir en la complicidad.

La dejé en su asiento y comencé a hacerle la corte. Pasaba una y mil veces delante de ella, haciéndome visiblemente el distraído. “Se veía que me hacía el distraído”. La miraba con ojos lánguidos y melancólica expresión. De vez en cuando ella me miraba:

—Usted es un hombre discreto.

¿Por qué me dijo eso?

—¿De veras está usted casada?
—Sí... (Sonreía).
—¡Qué lástima! ¡Perdón, perdón! **Fué** sin querer...
—No tengo nada que perdonarle.
—Soy torpe; no sé ocultar los sentimientos de mi corazón, y lo mejor sería retirarme...
—No se vaya...
¡Aquí se traicionó la cuitada!
Todo lo demás **fué** muy fácil. Nos citamos. Yo debía esperarla en el New Saloon, el martes, a las cinco.
Ya es hora de acabarla con los finales. ¿Por qué una historia necesita cruelmente un final con determinadas condiciones?
Mi cuento ya se acabó.

BIBLIOGRAFÍA

Josué Quesada: "Mujercitas".
Harrods: Catálogo de otoño, invierno 1922.
Leopoldo Lugones: "Los crepúsculos del jardín".
Gath y Chaves: Catálogo general de primavera, verano 1917.
Agradezco aquí públicamente los buenos ofi-

cios de mi novia Evangelina Bernasconi, que revisó las pruebas y me **dió** valiosos informes acerca de telas, paños, etc.

I.—Un viajero.....	7
II.—María Agustina.....	29
III.—Ella me quiere.....	59
IV.—Aída.....	67
V.—Elvira.....	97
V.—Me llamo Alfonso Fernández y soy español y tendero.....	123

Este libro lo escribió Roberto Mariani;
hizo la portada y el ex-libris el dibu-
jante Bonomi; y Manuel Gleizer lo
edita. Se acabó de imprimir en
los Talleres Gráficos Cúneo, en
Buenos Aires, el día veinti-
cinco de octubre de mil
novecientos **veintiseis**